La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 10 de febrero de 1908 — Núm. 1.363

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS NOTABLES DEL ARTE MODERNO

LA SUEGRA, cuadro de Carlos Vazquez,

recientemente expuesto en el Salón Parés y destinado al próximo Salón de Paris

SUMARIO

Texto.—*Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. – *Pequeñas tragedias del hogar*, por L. Antón del Omet. – *Galería de los Uffizi de Florencia.* – *Asesinato del rey y del príncipe heredero de Portugal.* – *D. Jaime el Conquistador. En el 7.º centenario de su natalicio.* – *Mons. Richard*, arzobispo de París – *Nueva condecoración inglesa.* – *Marruecos. Después del combate de Settat.* – *SS. MM. los reyes en Sevilla.* – *París. Los ángeles guardianes del automóvil.* – *Espectáculos.* – *Problema de ajedrez.* – *Alegre*, novela (continuación). – *Londres. Inauguración de las sesiones del Parlamento por SS. MM.* – *Barcelona. L'hereu escampa*, drama de Santiago Rusiñol.

Grabados.—*La suegra*, cuadro de C. Vazquez. – *Dibujo de Calderé para Pequeñas tragedias del hogar.* – *Galería de los Uffizi de Florencia* (lámina 6.ª) – *Retratos de los reyes de Portugal y de sus hijos Luis Felipe y Manuel.* – *D. Jaime el Conquistador* (7 grabados). – *Marruecos. Después del combate de Settat* (3 grabados.) – *SS. MM. los reyes de España en Sevilla* (2 grabados.) – *El cardenal Richard* (retrato). – *Ciclista al servicio del Automóvil Club de Francia.* – *Nueva condecoración inglesa.* – *Dibujo de Cutanda para la novela Alegre.* – *Inauguración del Parlamento inglés* (2 grabados). – *Escena del primer acto de L'hereu escampa.* – *Carrera automovilista.*

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

La intensa fiebre política, que es la característica de la vida barcelonesa en estos últimos tiempos, ha relegado á segundo término la preocupación esencialmente artística é intelectual que distinguió al decenio anterior. Multitud de inteligencias que, en épocas más normales ó menos agitadas, hubieran aportado toda su energía á una labor sosegada, á una producción serena y libre de todo empeño tendencioso, no han resistido ahora á la desviación impuesta por las circunstancias y por la presión formidable del ambiente. Los artistas más puros y más incontaminados, han debido abandonar su torre de marfil y bajar al palenque. El mismo público literario se ha visto en el trance de disipar su atención, repartiéndola entre el libro nuevo y la polémica de actualidad, entre un estreno y un mitin, entre un concierto ó una exposición y el manifiesto ó el discurso palpitante.

De aquí que el intelectualismo barcelonés se halle ahora, si no en un momento de desvío respecto de su cometido normal, cuando menos en un instante de vacilación entre dos ideales que por igual lo solicitan y estimulan. Desde su antigua posición contemplativa, quienes más quienes menos, se han dejado arrastrar todos por el ardor militante ó por la espectación febril de la lucha empeñada. De ahí que no pocos acontecimientos de orden intelectual que antes hubieran revestido el carácter de verdaderas solemnidades pasen ahora sin gran resonancia y que, siendo menor el incentivo de la curiosidad ó habiéndose amortiguado la vieja preferencia, el poeta, el escritor y el artista dejen de sentir su escondido pero innegable y eficaz influjo.

Así y todo, desde la última Exposición internacional de Arte se va observando como el preludio de un nuevo despertar de aquellas aficiones adormecidas y de ello es buen testigo la Exposición de auto retratos. Hanla reseñado críticos muy competentes, y yo no tengo competencia en esa especialidad. Mis notas ú observaciones en materia pictórica se reducen á las que puede apuntar sin petulancia un espectador universal y curioso de todas las cosas que conciernen al mundo de la idea y de la belleza. El auto-retrato, me parece que no puede constituir un género propiamente dicho: es una mera curiosidad análoga á la autocrítica de los escritores que ha estado algún tiempo en moda. Para el pintor viene á representar lo que las memorias ó confesiones personales para el literato. Visitando el otro día esa interesante manifestación artística, pensaba yo hasta qué punto está capacitado uno mismo así para retratarse como para hacerse objeto de un juicio crítico que merezca este nombre.

Contra esto se invocará el ejemplo de los grandes pintores que han rendido tributo á semejante afición y han perpetuado su propia imágen colocándola entre las figuras de cuadros famosos. Se recordará á Velázquez en las *Meninas* ó á Goya en la *Familia de Carlos IV*. Pero ¿cuántas otras genialidades parecidas no sería posible observar en los cuadros de los maestros, genialidades que aceptamos no por su intrínseca legitimidad sino por el prestigio casi supersticioso con que se imponen á la humanidad los nombres inmortales? Esta pintura «subjetiva» adolece, á mi juicio, de un defecto radical. El hombre no se vé á sí mismo, ni aun corporalmente, como le ven los demás; y aun para verse de alguna manera ha de apelar á medios indirectos, á refracciones, á espejos, á recursos artificiales y muy distintos de la visión espontánea. Esa refracción de la imagen determina casi siempre una refracción psicológica. Por llana y natural que sea una persona, cuando se la retrata deja de serlo y, poco ó mucho, *pose* sin querer. El genio de los grandes retratistas acaso estribe en saber ver el original ó modelo como es en sí, en sus instantes habituales, eliminando aquella parte de afectación, de falsedad ó de violencia que momentáneamente le ofrece en una sesión de taller.

¿Hasta qué punto resulta ello posible, cuando el retratista es el mismo retratado? Acaso es el único que no posee el secreto de su propia individualidad y el retrato que haga de sí mismo el único que no proceda del natural directamente contemplado. Lo mismo suele acontecer en las memorias ó confesiones de escritores notables, tanto que fuera gran error histórico buscar exclusivamente en ellas la clave de un carácter y la revelación íntegra y completa de una vida. Por francos, por sinceros y audaces que parezcan en sus confidencias queda siempre fuera de ellas una inconsciente eliminación, algo que se resiste al análisis subjetivo y que sólo objetivamente y por juicio ajeno puede ser anotado y distinguido. Pues el el auto retrato, como género, resultará siempre un género convencional, subjetivo; un capricho interesante por un día ó porque resulta de interés todo lo que concierne á los artistas de mérito, como ha resultado interesante esta última Exposición de Barcelona, mejor á título de curiosidad que por razones de arte puro y sin aleación de modas pasajeras.

El teatro nos ofrece actualmente movimiento y renovación á que estábamos ya poco acostumbrados. Traducciones de D'Annunzio y de Jones en las sesiones de *Teatre Intim*, resucitadas por Gual; traducciones de Rovetta y Giacosa; algún estreno de Rusiñol y esa ráfaga de poesía juvenil que Guimerá ha titulado *La reina vella*, y á la cual Morera ha añadido las vehemencias de su música. ¡Qué hermosura de visión ese idilio del gran poeta, cuya fantasía parece haber retrocedido á los instantes más luminosos y lozanos de su mocedad! El éxito de Guimerá como dramaturgo ha hecho olvidar á la última generación su valor extraordinario como poeta propiamente dicho. Cuando se releen sus *Poesíes* de hace treinta años, comprende uno que esa preterición, si bien explicable, es injusta y que, tarde ó temprano, se restituirá á su autor á la categoría que le corresponde entre los líricos más eminentes del siglo XIX.

Desde la grandeza sombría y á veces siniestra de sus composiciones juveniles; desde aquella inspiración solitaria y misantrópica que evoca el recuerdo de Alfredo de Vigny, ha venido á parar á ese delicioso poema de la reina anciana que, en su última ancianidad, vuelve á la tierra natal, para revivir los lejanos y felices días de su niñez sencilla, apacible é ingenua. Allá queda la corte con sus oropeles y vanidades, con sus peligros y sus tragedias: allá ha vivido la reina, transplantada desde el medio inocente y primitivo de sus días infantiles, y ha paseado sus triunfos de mujer, su orgullo de soberana, la diadema real y el insomnio de la ambición... Antes de morir siente el anhelo de revivir su vida pasada y de sumergirse en el seno de la paz, en la beatitud de sus primeros años, reanimando todo el mundo de recuerdos y emociones dormido en la memoria. Y las cosas, y los lugares, y los compañeros de juegos en la remota infancia, y las costumbres ingenuas, guardan para la soberana aquella melancolía que es el espíritu y la voz del tiempo que pasó para no volver. Este es el hallazgo, este es el idilio, digno de Tennyson, que nuestro excelente poeta acaba de ofrecernos y en el cual parece simbolizarse el retorno de su musa, de su «reina vieja,» después de las tempestades y pasiones de una vida de combate, á la quietud primera de la inmortal y bienaventurada poesía.

No por haberse aplazado en Barcelona las fiestas del centenario de Jaime I para que coincidan con el cincuentenario de la fundación de los Juegos Florales, debe ser pasada en silencio esa fecha. Aunque sin solemnidades externas, celébrala en espíritu todo patriota.

En 1208 vino al mundo uno de los varones más verdaderamente grandes que han ilustrado los anales de la península ibérica. La obra política y militar que dejó como legado, extraordinaria para su tiempo, recibió de la Providencia la consagración de las cosas definitivas. No perteneció á aquel linaje de epopeyas, brillantes, pero efímeras y sin solidez, que se desvanecen en cuanto deja de alentarlas el influjo personal de quien las llevó á término. La historia respetó y consolidó esa obra, haciéndosela suya y ciñó á las sienes del Conquistador aquella aureola que resplandece en torno de los patriarcas y organizadores de un pueblo.

En resumen, puede decirse que el hijo de Pedro el *Católico* fijó para siempre el contenido territorial de la confederación aragonesa, tanto por medio de la incorporación de Mallorca y Valencia, como poniendo término, con el tratado de Corbell, al ensueño del imperio pirenaico y á las obstinadas aspiraciones de amalgama con Provenza, «cuya unión no bendijo el cielo,» según la austera frase de Milá y Fontanals. Al mismo tiempo organizó su contenido social y puso las grandes piedras angulares de su estructura política y económica, con el Libro del Consulado de mar para Cataluña, el fuero de Huesca para Aragón y los de Valencia y Mallorca para esos nuevos territorios. Sobre tan vasta cimentación descansó todo el futuro edificio que, á despecho de demoliciones parciales y cuarteamientos, de adaptaciones y retoques sucesivos, pasó á integrar el patrimonio reunido por los Reyes Católicos y conservó dentro de él sus líneas generales hasta el definitivo naufragio del régimen de franquicia en 1714:

Puede decirse que de aquel gran impulso, como de un fecundo embrión, surgió plenamente en Cataluña la vida civil y se originó el tránsito desde la férrea dureza de los castillos al grato tumulto de las ciudades y al hervir de una burguesía de navegantes, mercaderes y productores que fueron el nervio y el músculo y la sangre de dichos Estados.

Una de las condiciones que más resplandece en la figura de Jaime I es el esfuerzo, omnilateral diríamos, con que atendió á todas las exigencias de una civilización naciente y á todas las demandas de sus distintos pueblos, de suerte que cada uno de ellos lo reputase por especialmente suyo y supiese dejar en todos la grata creencia de su predilección. No fué exclusivamente rey de su estirpe, de su comarca, de su espada, de su palacio: fué rey de todos. La tradición conserva su nombre y su recuerdo, con una insólita intensidad que no se observa para ninguno de sus descendientes más cercanos á nosotros. El rey *En Jaume* es todavía el rey por excelencia: el padre y bienhechor de sus pueblos, el primero de los ciudadanos, más todavía que el primero de los funcionarios de un país. De este modo el ilustre suegro de Alfonso el *sabio* ha dejado en la conciencia popular un sedimento ó testimonio inusitado y ciertamente muy superior al testimonio erudito. Este fenómeno, de la permanencia de su recuerdo entre las muchedumbres indoctas; este sobrevivir de su nombre en boca de rústicos pastores y de zafias lugareñas que yo mismo he observado, con íntima emoción, en infinidad de ocasiones, constituye el tributo más grande que pueda recibir monarca alguno. No puede llamarse gloria completa aquella que no invade las capas obscuras de la sociedad y no consigue hacer vibrar al unísono los corazones sencillos. Apoderarse del alma de los humildes, vivir en ella como en un tabernáculo y pasar por el intermedio de ella á la más remota posteridad, esa es gloria suprema, luz del sol que lo alumbra todo, rocío de la noche que todo lo humedece y hermosea y que, como decía Goethe, cae sobre la flor y sobre la boñiga de vaca.

No falta, seguramente, quien no aprecia el valor de esta figura por juzgarla con arreglo á los últimos postulados de la política de nuestros días. Una de las mayores conquistas de la ciencia moderna ha sido la que nos enseña á juzgar lo que fué, no según normas absolutas, sino con relación á la época y con arreglo al ideal de cada siglo. ¡Desgraciados de nosotros si así no lo hiciera nuestra posteridad! ¿Qué sabemos de lo que entenderán por civilización y progreso los hombres del siglo XXX, ni cómo apreciarán muchas de las ideas y las obras que actualmente presumen encarnar aquel espíritu y ser las avanzadas de lo futuro? No, amigos míos: no seamos como aquel crítico ó gacetero de 1812 que hacía un juicio implacable del *Sancho Ortiz de las Rohelas*, de Lope de Vega, porque daba del poder de los reyes y de los derechos de los ciudadanos una idea opuesta á los sabios é inmortales principios de la Constitución de Cádiz. Si Lope de Vega no pudo tener presente lo que Argüelles y Muñoz Torrero decidirían poner en la susodicha Constitución, ¿cómo pudo Jaime I presumir ni adivinar lo que vendría á decirnos Hervé setecientos años más tarde? No. Nuestro deber es juzgar y estudiar la figura de ese monarca dentro del cuadro de su época y en relación con sus contemporáneos, con la herencia que recibió de su antecesor, con los principios entonces dominantes en el mundo, con la memoria que dejó entre su inmediata descendencia, espejo donde se acrisola la gratitud ó la repulsión de las muchedumbres... Si estos testimonios le son favorables, el sentido histórico nos obliga á concluir que aquel hombre, no obstante sus errores y sus excesos, ha sido un factor del progreso humano, un componente de lo actual, un colaborador interesantísimo en la obra nunca empezada ni interrumpida de las evoluciones sociales.

MIGUEL S. OLIVER.

En el camino he visto á ese gato feliz que al sol se lame...

PEQUEÑAS TRAGEDIAS DEL HOGAR

PIZQUITA

La presencia de un gato que ha salido á la calle para tomar el sol, cuando este gato es lindo y cuando en una constante variación de posturas se asea, cuidadoso, bien pasando su lengüecilla por la espalda, ya humedeciéndose las puntas de las manos para untarse la cara, haciendo un tenue mohín de pulcritud, es sin disputa un espectáculo gracioso.

Si sois amigos de las bestezuelas, si caminais reposadamente por la calle inundada de sol otoñal y de improviso ese gato gentil y pulquérrimo se os aparece, es seguro que detendréis vuestra marcha para estaros un punto quietos en su contemplación, y á buen seguro que una sonrisa de benignidad, de simpatía, se irá prolongando en vuestra boca mientras con lento paso regresáis al hogar.

Mas yo, ante ese diminuto ser que se lava con todo el esmero de una mocita y que se pule y se acicala como una coqueta, plegué mis labios un poco rencoroso y me agité en un rápido movimiento de ira.

No vayais á creer que ese gato me ha hecho alguna maldad. Nunca ha atentado contra la merluza que compró mi cocinera. No ha dormido jamás sobre mi cama, dejando un hoyo en los colchones. No ha jugueteado tampoco sobre mi mesa, ni ha puesto en dispersión mis papeles.

Yo he mirado á este gato con rencor, porque este gato es lindo, juvenil, alegre, y yo tengo otro triste y enfermo. Pero vosotros no podéis penetrar en toda la profunda, la espantosa congoja que me invade.

Considerad.

Yo vivo con mi hermana. Ambos tenemos el pelo blanco, sufrimos males que á la edad se achacan y nuestra voz, desposeída de todo entusiasmo, susurra por las noches grandes conversaciones triviales sobre cosas fútiles.

Y yo he de haceros una gran confidencia que os ruego recatéis. Me aburre Paquita. Si ella lo sospechase, tal vez no me entrara todas las noches al gabinete mi gran tazón de caldo, quizás no se cuidara de que cuando yo llego esté la chimenea crepitando con alboroto, acaso no me persiguiera su voz cuando yo, díscolo, salgo á la calle sin la bufanda, gritándome entre benigna é irritada:

—Vas á pillar una pulmonía.

Yo no quisiera que sepa Paquita que su presencia me aburre. La idea de entristecerla me agobia.

No sabe de política. No participa de mi admiración por Prim. Tampoco quiere que le hable de asuntos históricos. Desconoce el deleite que tiene para un viejo remover los pasados días.

Un día, la portera compareció con un envoltorio.

—Les traigo un regalo.

La rodeamos con avidez. Desdobló unos papeles, desplegó una arpillera y entre sus manos vimos un cachorro de gato, con su rabito muy puntiagudo, sus asombrados ojos, su vocecilla tenue. Era tan lindo, que lo aceptamos por compañero de nuestro hogar. En la cocina, cerca del fogón, le urdimos un lecho.

Allí iba mi hermana cada dos horas con una jícara llena de leche y una cuchara. *Pizquita* abría su boca torpemente. Más torpemente mi hermana le vertía la leche sobre sus fauces sonrosadas.

De esta manera el gato hízose un jovial mozalvete, risueño, audaz, entrometido.

¿Vais comprendiendo lo alegre de mi vida? Al despertarme subíase *Pizquita* sobre mi lecho, ganoso de jugar con mi nariz. Recorría luego todo mi cuerpo, buscando acomodo para reposar. Desdeñaba la cabeza y el cuello. En el abdómen deteníase un instante. Bajaba hasta las piernas y como le parecieran flacas y duras, volvía al abdómen y ¡zás!, hacíase una rosca y se ponía á dormir.

Al regresar de la oficina referíanme siempre alguna nueva hazaña de nuestro amigo. Y aparecía *Pizquita* solemne, cínico, relamiéndose con inaudita fruición. Y yo, ¿por qué no decirlo?, poníame á reir alborozadamente.

A las tardes armaba grandes carreras por el pasillo, brincaba de la mesa al armario, destrozaba los flecos de una cortina, espurriaba de gotitas sutiles la más rica randa, el más gracioso encaje que urdía mi hermana con sus bolillos.

Y por las noches, tras de cenar, leía el periódico. ¿Qué otra cosa hacía, pues, sentado gravemente ante *La Epoca*, insensible á mis siseos, suspenso en una íntima meditación?

Mi hermana y yo hemos llegado á convenir que ambos estamos un poco lelos por el micifuz. Primeramente regañábamos, echándonos en cara nuestra obsesión por *Pizquita*.

Luego hemos prescindido de reprendernos y hemos llegado á convenir en que ninguno podemos vanagloriarnos de sentir hacia *Pizquita* indiferencia ni desdén.

Figuraos...

¡Oh! Tú, hombre que tienes grandes preocupaciones de banca, ó tú, afortunado mortal en cuya casa existen esos seres diabólicos á quienes llamas hijos, vosotros encontraréis incomprensible el hecho de que un hombre pueda poner en un gato todo su amor y su divertimiento.

Pero tú, solterona, que posees esa linda perrita que duerme sobre ti, que come sobre ti, que sobre ti se rasca y se sacude, y tú, viuda, que tienes un loro al que le das azúcar entre los dientes, vosotros comprenderéis todo cuanto *Pizquita* influye en este viejo solterón y en esa vieja solterona, en cuya casa fría no penetra un soplo de actividad ni suena alegre la voz de un niño.

Y he aquí que una noche mi hermana vino trémula al gabinete para decirme:

—*Pizquita* está malo.

La seguí tembloroso. Por el camino continuó:

—Se ha comido el besugo y le ha sentado mal.

Un gran rencor contra el besugo se apoderó de mí. Arribamos á la cocina. En su lecho, convertido en un rebujo, yacía *Pizquita* alentando con ansia.

Yo me precipité á la botella del aceite como á gran remedio.

—Dale dos cucharadas.

Mi hermana se las hizo tragar. Una hora después *Pizquita* empeoraba. Le toqué suavemente, pero se estremeció de modo tan violento, que retiré la mano.

Pasó otra hora. Era la media noche.

Yo me puse el sombrero y salí. Avidamente busqué un veterinario.

Era un hombre de aspecto zafio. Lo recuerdo con profunda antipatía. Ante el triste espectáculo que *Pizquita* presentaba no se emocionó. Trincó al gato de las ancas, lo elevó en vilo, le tentó la barriga.

Mi hermana y yo seguíamos anhelantes el reconocimiento.

Después sacó una pócima que hizo tragar á *Pizquita*, atarazándolo para evitar que la arrojase fuera de la boca.

Después gritó:

—Ea, señores, que ustedes descansen. Eso del gato no tiene cura. Mañana al cajón, para el basurero.

No lo asesiné. Se marchó. Nos pasamos en vela la noche. *Pizquita* estremecíase convulsivamente. A la mañana vimos que se moría.

Yo tuve que salir para mi oficina inevitablemente. El regreso, que he procurado acelerar, ha sido de zozobra y de angustia.

En el camino he visto á ese gato feliz que al sol se lame, mientras el mío tal vez agonice.

¡Oh! Pero á mí me anima la confianza. Enderezo mis pasos. Observo la calle. Nada anormal ocurre. El tabernero ríe, el peluquero charla, las lindas vecinitas, como siempre, se asoman al balcón. Mi portera cose apaciblemente. *Pizquita* no ha muerto. No es posible que cosa esta mujer con tanto sosiego á la vista de una hecatombe.

Asciendo la escalera. Unos vecinos me detienen para charlar de cosas superfluas. Llamo. La criada me abre. Cuelgo mi capa, dejo mi bastón, doy unos pasos por el gabinete. Siento á mi corazón como acelera sus sacudidas, mientras mi voz, cobarde, no puede interrogar.

Llega mi hermana aparentando indiferencia, simulando tranquilidad. Nos sentamos sin saber por qué y reina un gran silencio embarazoso, en el que nada podemos decir.

Pasan unos minutos. El reloj, irónico, cuchichea en la pared. El viento brama, rozando los cristales.

Yo me levanto, cruzo el pasillo con decisión y llego á la cocina. Sobre el fogón hay un lecho vacío.

—*Pizquita*, grito, ven. Ven, monín. Anda, que soy yo.

Un vasto silencio repercute en la casa.

Allá, muy lejos, en el confín del corredor, mi hermana llora desconsoladamente.

LUIS DE ANTÓN DEL OLMET.

(Dibujo de Calderé.)

GALERÍA DE LOS UFFIZI DE FLORENCIA

COLECCIÓN DE AUTO-RETRATOS DE ARTISTAS CÉLEBRES

VI

Pedro Pablo Rubens.—Nació en Amberes, Colonia, Siegen ó Harselt (pues no ha podido fijarse con exactitud en cuál de las indicadas ciudades tuvo efecto su nacimiento) en 1577 y murió en Amberes en 1640. Dedicóse al cultivo de las Letras, de la Filosofía y de la Jurisprudencia, ingresando después como paje en la casa de la condesa de Lalein, de donde salió por no acomodarse á las exigencias de su cargo. Intimó con el pintor Venio, de quien recibió utilísimas lecciones, aprovechándolas de tal suerte, que muy pronto dióse á conocer como excelente artista. A sus extraordinarias cualidades y vasta ilustración debió la consideración y simpatía que mereció de diversos magnates y monarcas, cabiéndole la gloria de desempeñar gestiones diplomáticas de tal importancia como la de lograr se firmara un tratado de paz entre España é Inglaterra. Visitó Francia, Italia, Inglaterra y España, dejando en cada uno de dichos países obras notabilísimas y grato recuerdo de su talento é hidalguía. Tantos méritos y extraordinarios servicios fueron cumplidamente recompensados con honores y señaladas distinciones, causando su muerte general sentimiento, considerándose su pérdida en su patria como una gran desgracia. Extensísima es la relación de las obras que legó á la posteridad, que se hallan distribuídas en los principales Museos, cabiéndole al de Madrid la suerte de poseer considerable número de ellas.

Domingo Zampieri.—Apellidósele el *Dominiquino,* nació en Bolonia en 1581 y murió en Nápoles en 1641. Perteneciente á una modesta familia y con singular inclinación á la pintura, fué discípulo de los Carracci, logrando, á fuerza de estudio y perseverancia, ser el dibujante más exacto y correcto de entre todos sus condiscípulos. Dicen sus biógrafos que componía muy despacio, meditando antes de pintar. Estudiaba la naturaleza, y los modelos y sus obras revelan, á pesar de su sencillez, cierta grandeza, propia de la inteligencia y sentimiento del artista. Ejecutó obras notables al fresco y al óleo, que demuestran cuán justificada fué la protección que le dispensaron el pontífice y varios cardenales. Sus émulos, los artistas napolitanos, amargaron su vida con sus continuas amenazas y los grandes pesares que le produjeron, llegando á tanto su encono, que después de muerto borraron una de sus más hermosas obras, ejecutada en la capilla del Tesoro de la catedral de Nápoles.

José de Ribera.—Nació en San Felipe de Játiva (Valencia) en 1588 y murió en Nápoles en 1656. En Valencia y en el taller del celebrado pintor Francisco Ribalta comenzó sus estudios, que continuó en Italia, desdeñando la protección que se le ofreciera, para consagrarse por completo, sin recursos y arrostrando toda clase de privaciones, á satisfacer todas sus ansias. Trasladado á Nápoles, enlazóse con la hija de un rico tratante en cuadros, que al procurarle holgada posición, le permitió dedicarse á sus naturales tendencias, representando los grandes efectos dramáticos, el dolor físico y los rigores de la edad. Difícil sería enumerar, en breve espacio, la cuantía de la labor realizada por tan preclaro artista y de la estima en que se le tuvo, hasta el extremo de que por sus honores y riquezas vivió como un príncipe, rodeado de fastuosidad. Sus cuadros titulados *San Bartolomé, San Jerónimo, El descendimiento, Sansón y Dalila,* etc., serán siempre considerados como obras magistrales del preclaro artista valenciano, á quien, por razón de su nacionalidad y corta estatura, se apellidó el *Espagnoleto.* A fuer de imparciales hemos de hacer constar que á sus grandes méritos como artista opónense sus condiciones morales, puesto que preparó y llevó á cabo acciones sumamente censurables contra aquellos artistas de reconocida valía que suponía podían dificultar y obscurecer su glorioso camino.

Monaguillo, dibujo de J. Berga y Boada

Juan Mannozzi.—Apellidado *Giovanni da San Giovanni,* nació en San Giovanni en 1590 y murió en 1636. Contrariada su vocación, huyó de la casa paterna, trasladándose á Florencia, en donde ingresó en el taller de Rosselli, aplicándose al estudio de la pintura, la arquitectura y la perspectiva. Sobresalió en las composiciones al fresco, ejecutando trabajos importantes en Florencia, Roma, Fiesole, etc. También pintó cuadros al óleo, que si bien son dignos de encomio, son menos estimados, dándose, por lo tanto, preferencia á la primera clase de dichas producciones.

Juan Francisco Barbieri.—Nació en Cento, cerca de Ferrara, en 1591 y murió en Bolonia en 1666. Perteneciente á una humilde familia, debió su educación artística á su propio esfuerzo. La primera obra de empeño que produjo, representando á *San Guillermo recibiendo el hábito religioso,* le procuró un triunfo y formó la base de su reputación. Establecido en Roma, pintó uno de los techos del palacio Ludovisi por encargo de Gregorio XV, así como la hermosa composición *El martirio de Santa Petronila* para la iglesia de San Pedro. En su pueblo natal, en Plasencia y en Bolonia produjo otras obras no menos apreciables, habiendo dedicado la fortuna adquirida por medio de continuo trabajo á socorrer á los pobres y siendo el bienhechor de sus discípulos y compañeros necesitados.

Jacobo Callot.—Nació en Nancy en 1593 y murió en 1635. Fué pintor, hábil dibujante y excelente grabador. Hijo de noble familia, trataron de contrariar sus aficiones artísticas, por cuyo motivo abandonó el hogar paterno cuando contaba doce años, marchando á Italia agregado á una banda de gitanos. Allí pudo librarse de sus compañeros de viaje, aprendiendo á pintar y grabar en Roma, no tardando en demostrar su habilidad y excepcionales aptitudes. Prefirió grabar al aguafuerte que al buril, complaciéndose en representar escenas tumultuosas, asedios, haraposos, etc., que dibujó con claridad y limpieza. Sus cuadros son muy raros; en cambio, los grabados que se conocen ascienden á más de mil quinientos, debiendo mencionarse de entre ellos *Las miserias de la guerra, Los suplicios, La toma de Breda, La toma de la Rochela, Las ferias,* etc.

Jacobo Jordaens.—Nació en Amberes en 1592 y murió en la misma ciudad en 1635. Discípulo y yerno de Adam van Oort, dedicóse al cultivo de la escuela italiana, especialmente de las obras de Tiziano, Veronés y Caravagio, sin abandonar su país natal, singularizándose por lo ingenioso y expresivo de sus composiciones, por la brillantez y vigor del colorido, comparable al de Rubens, de quien fué amigo muy querido, y por la armonía de la entonación que se admira en sus obras, entre las que debemos citar *Concierto de familia, La huída de Egipto, Los mercaderes arrojados del templo, Los cuatro evangelistas, Pan y esfinge, Jesús en medio de los doctores,* etc. Su facilidad extremada y su gran laboriosidad le permitieron producir muchas obras notables y adquirir en poco tiempo una fortuna considerable.

Pedro Berrettini de Cortona.—Nació en Cortona en 1596 y murió en Roma en 1669. En los comienzos de su carrera tuvo que soportar todos los rigores de la pobreza, debiendo al cardenal Sachetti, que tuvo ocasión de ver algunos de sus dibujos, los recursos necesarios para atender á sus necesidades y recibir provechosas enseñanzas en el taller del pintor Carpi, en Roma. Lentos fueron sus progresos en los primeros años, adquiriendo después tal facilidad en la producción, que sorprende por lo cuantiosa la labor que llevó á cabo durante su vida, si bien adolecen sus obras de ciertas incorrecciones, que no impiden apreciar las bellezas del colorido y los efectos que perseguía el artista. Entre sus más notables trabajos hemos de citar un fresco para la iglesia de Santa Bibiana, que pintó por encargo del papa Urbano VIII, los techos del palacio Barberini, de Roma, y el de Pitti, en Florencia, así como sus pinturas al óleo *Santa Inés, La conversión de San Pablo, Daniel en la cueva de los leones,* etc. Llegó á poseer tan considerable fortuna, que pudo hacer construir á su costa la iglesia de Santa Martina y San Lucas, en donde fué sepultado, y ofrecer, para su sostenimiento, un donativo de 500.000 liras.

Justo Sustermans.—Nació en Amberes en 1597 y murió en Florencia en 1681. Comenzó sus estudios en el taller de Vos, fijando al cabo de algunos años su residencia en Florencia, en donde logró granjearse las simpatías de los duques Cosme y Fernando de Médicis y la consideración de sus contemporáneos. Entre sus obras merecen citarse las tituladas *Fernando II recibiendo el juramento de fidelidad, Victoria de la Rovese, La princesa Claudia, La muerte de Sócrates,* etc.—Z.

GALERIA de los UFFIZI. FLORENCIA

Auto-retratos de artistas célebres

Pedro Pablo Rubens, flamenco (1577-1640)

Domenico Zampieri, italiano (1581-1641)

José Ribera, español (1588-1656)

Juan Manozzi, italiano (1590-1636)

Juan Francisco Barbieri, italiano (1591-1666)

Jacobo Callot, francés (1592-1635)

Jacobo Jordaens, flamenco (1593-1678)

Pedro Berrettini, italiano (1596-1669)

Justo Sustermans, flamenco (1597-1681)

LÁMINA. 6.ª—DE FOTOGRAFÍAS DE E. ALINARI (la del retrato de Ribera es de BROGI). (Reproducción autorizada.)

EL REGICIDIO DE LISBOA.—PROCLAMACIÓN DEL NUEVO REY

Un crimen abominable ensangrentó las calles de la capital portuguesa en la tarde del 1.° del corriente mes. Mortalmente heridos por manos de alevosos asesinos, cayeron á un mismo tiempo el rey Carlos I y el príncipe Luis Felipe, heredero presunto del trono, salvándose milagrosamente de la odiosa agresión la reina D.ª Amelia y el príncipe Manuel, hoy proclamado ya soberano de Portugal.

El rey D. Carlos de Portugal

La reina Doña Amelia

El príncipe heredero Luis Felipe

Toda conciencia honrada ha de sublevarse ante ese acto de salvajismo, que ninguna consideración justifica; así, todos los pueblos civilizados, todos los gobiernos, desde los más autócratas hasta los más radicales, todos los políticos no cegados por su sectarismo que, en ocasiones como esta, resulta repugnante, han protestado unánime y sinceramente contra el infame regicidio, que nadie podía prever, ni aun aquellos que veían con recelo la situación creada en el reino lusitano por la dictadura de Franco, y que anatematizan hasta los mismos que combatían rudamente la obra persecutoria y duramente represiva del dictador.

El partido republicano portugués, sin negar que trabajaba en pro de una revolución que derribara á los Braganza, ha rechazado toda complicidad, no ya material, pero ni siquiera moral en el crimen consumado, y todo induce á creer que éste ha sido obra de algunos exaltados, enemigos de todo lo que signifique principio de autoridad ó soberanía, ora encarne ésta en un rey, ora se halle en manos de un presidente de república.

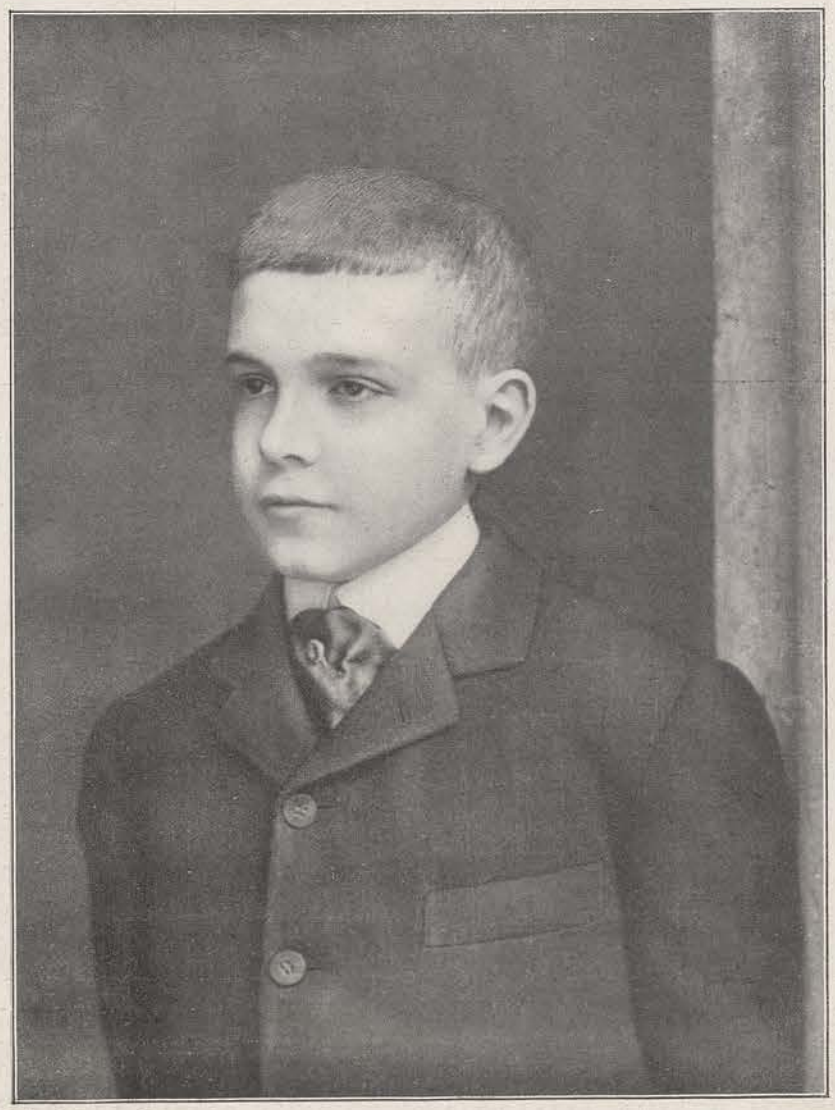
El hecho ocurrió, según la versión más verosímil, del modo siguiente:

La familia real, que había ido á Villaviciosa con motivo de celebrarse allí una feria, regresó á Lisboa á las cuatro y media de la tarde, desembarcando en el arsenal. Los reyes, el príncipe D. Luis Felipe y el infante D. Manuel subieron á un landó y en otros carruajes las demás personas del séquito. Púsose en marcha la comitiva y al llegar el coche á la esquina que forman la plaza del Comercio y la calle del Arsenal, de un grupo que estaba apostado en aquélla salieron algunos disparos y uno de los asesinos se acercó al coche, disparando varias veces contra el rey y el príncipe Luis Felipe. La reina Amelia, de pie, intentó cubrir con su cuerpo el de su hijo y con un ramo que le habían entregado á su llegada golpeó en la cara al asesino. La confusión que se produjo fué espantosa, y la policía y los soldados dieron allí mismo muerte á tres de los regicidas.

El coche regio regresó inmediatamente al arsenal para que pudieran ser auxiliados los heridos; pero desgraciadamente los auxilios fueron inútiles: el rey había muerto ya y el príncipe Luis Felipe murió pocos momentos después. El infante D. Manuel había recibido una herida, por fortuna leve, en un brazo.

El gobierno portugués se reunió en seguida para adoptar las resoluciones que la gravedad de las circunstancias exigían, siendo la primera de ellas proclamar rey al infante D. Manuel. En los primeros momentos convínose en que el Sr. Franco continuara en el ejercicio de sus funciones; pero, á consecuencia de una reunión del Consejo de Estado, á la que asistieron los jefes de todas las fracciones monárquicas, las reinas doña Amelia y doña María Pía y el infante duque de Oporto, el dictador y sus ministros presentaron la dimisión, que les fué aceptada por el rey, quien encargó la formación del ministerio al almirante Ferreira.

El nuevo gobierno es de concentración y en él figuran hombres notables de todos los partidos monárquicos; se propone seguir una política pacificadora y ha derogado ya los principales decretos del dictador Franco, concedido una amplia amnistía, puesto en libertad á muchos presos políticos y suprimido las medidas excepcionales por aquél adoptadas contra la prensa.



D. Manuel II, proclamado rey de Portugal

Esta conducta del gobierno Ferreira ha tranquilizado los espíritus en Portugal y cabe esperar que alrededor del nuevo monarca se agruparán todos los elementos de orden.

D. Manuel II cumplió en 15 de noviembre último diez y ocho años, que es la mayor edad fijada por la constitución de Portugal para el monarca, y sus primeros actos parecen indicar que sabrá responder á las esperanzas que en él tiene puestas el pueblo lusitano. He aquí el texto de su primer manifiesto al país:

«Portugueses. Un abominable atentado ha llenado de amargura mi corazón de hijo amantísimo y de afectuosísimo hermano, y de duelo á la familia real y á toda la nación, poniendo prematuramente término á la preciosa vida de Su Majestad el rey Carlos I, mi augusto y muy amado padre, y á la de Su Alteza Real D. Luis Felipe, mi hermano muy querido.

»Sé que la nación comparte mi dolor extremado y siente la mayor indignación contra el crimen espantoso, sin precedente en la historia portuguesa, que ha puesto fin inopinadamente al reinado de un soberano bueno, justo y amado, y ha destruído las esperanzas que podían cifrarse en un príncipe notable por sus virtudes y sus cualidades.

»En estas desgraciadas circunstancias, véome llamado por la Constitución de la monarquía á presidir los destinos del reino. En el cumplimiento de esta elevada misión haré cuanto pueda para el bien de la patria y para merecer el afecto del pueblo portugués.

»Conformándome con las reglas de la Constitución, juro mantener la religión católica y romana y la integridad del reino, guardar y hacer guardar la Constitución política de la nación portuguesa y las demás leyes del reino y trabajar por el bien general, comprometiéndome á renovar muy pronto este juramento ante las Cortes portuguesas.»

D. JAIME EL CONQUISTADOR. En el 7.° centenario de su natalicio

D. Jaime I el Conquistador, copiado de un retrato del siglo XV, procedente del Consistorio de Valencia

El día 2 de febrero de 1208 nació en el palacio de los Tornamira, en Montpeller, este monarca, uno de los más grandes, no ya de la historia de España, sino también de la historia de la humanidad.

Pocos reyes han subido al trono en condiciones más desfavorables que el *Conquistador;* pocos han alcanzado gloria más merecida. No es posible hacer en este lugar una reseña, ni siquiera suscinta, del largo y prodigioso reinado de este soberano, que si fué grande como guerrero, no menos lo fué como legislador y como político; limitémonos, pues, á reproducir el hermoso párrafo sintético que á D. Jaime dedica, en su *Historia de Cataluña,* el historiador y poeta eminente Víctor Balaguer.

«Viste la cota de malla á los nueve años; á los once manda ya ejércitos y hace sus primeras armas; á los veinte gana un reino; antes de los veinticinco cuenta á un rey moro entre sus cortesanos; con sólo el terror que inspira su nombre, conquista un país; las Baleares, Valencia y Murcia nacen por él á la luz y á la vida de la civilización cristiana; desprecia el ser rey de León; olvida y desprecia sus derechos al trono de Navarra; gana reinos para otros, como le sucede en Murcia, y le quedan los bastantes para repartir entre sus hijos y hacerles á todos reyes; sienta á dos de sus hijas en los tronos de Castilla y de Francia, y de las demás, la una muere princesa y la otra santa; crea baronías para sus bastardos que llegan á ser troncos de ilustres linajes; los infieles se apresuran á rendirle parias; los príncipes cristianos le toman por juez en sus contiendas; el papa le da asiento en los concilios y le escoge entre todos los reyes para capitán de una cruzada á Tierra Santa; el Kan de Tartaria y el sultán de Babilonia le envían dones y le rinden homenaje; le sigue y le rodea una corte de sabios y de trovadores; funda estudios en Lérida, Perpiñán y Montpeller, y para que nada falte á la gloria del que á un mismo tiempo que empuña la espada maneja la pluma, del que es á un tiempo cronista, rey y soldado, las leyendas piadosas de los pueblos nos lo muestran á través de sobrenaturales portentos y haciendo asombro del cielo al que no les basta con ver asombro de la tierra, dicen que el Espíritu Santo le infundía su ciencia, que la Virgen se presentaba á curarle en Montpeller y que San Jorge militaba á su lado en las batallas convertido en soldado de las barras de Aragón.»

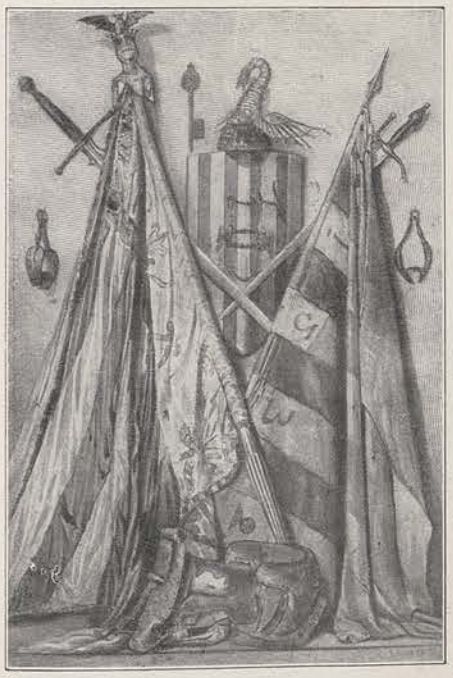
ARAGÓN MONTPELLER BARCELONA

Monedas de D. Jaime I el Conquistador

Para conmemorar el 7.° centenario del natalicio de Don Jaime, hanse celebrado en Montpeller solemnes fiestas, á las cuales han acudido representantes de todos los pueblos que por él fueron gobernados. Cataluña, las Baleares, Valencia, Aragón, Rosellón y Provenza se han juntado en estrecho abrazo; los corazones de todos han latido á impulsos de un mismo sentimiento, y de todos los labios han brotado palabras de amor y de entusiasmo, recordando aquellos tiempos en que constituyeron una de las más poderosas naciones bajo el cetro de aquel monarca que, como dice una lápida conmemorativa colocada en 1890 en la Torre de los Pinos, resto único de las antiguas murallas de Montpeller, «conquistó tres reinos á los sarracenos, dió justas leyes á sus pueblos, amparó á los humildes y protegió á los labradores, á los mercaderes, á los sabios y á los trovadores.»

Y á esas palabras de amor y entusiasmo que pronunciadas en provenzal, en castellano y en catalán resonaron, así en la afectuosa recepción de la *Mairie,* como en la grandiosa ceremonia de la Torre de los Pinos; en la magnífica función de gala del Gran Teatro y en el fraternal banquete de la «Coupo Santo» con que los felibres obsequiaron á sus hermanos de España, asociáronse las autoridades, las corporaciones y el pueblo entero de Montpeller que, durante la breve estancia de nuestros compatriotas en aquella ciudad, no cesaron un momento de prodigarles las más sinceras y elocuentes muestras de simpatía y cariño.

También en Barcelona se han celebrado con el mismo motivo algunas solemnidades, proyectándose además grandes festejos que coincidirán con los que se organizan para celebrar el cincuentenario de los Juegos Florales. Nuestra ciudad debe singular homenaje á Don Jaime I, puesto que él fué quien le otorgó libertades especiales y le dió vida propia con aquel admirable y famoso «Consejo de Ciento,» modelo de instituciones democráticas, que respetaron todos los reyes, que mereció de las naciones extranjeras los títulos de *sabio* y de *ilustre,* y al cual debieron Barcelona y Cataluña entera seis siglos de prosperidad y de gloria. — L.



Objetos históricos de Valencia y de su Conquistador D. Jaime I. Los originales se conservan en poder del conde de Trigona, en la Catedral y en la Casa de la Ciudad de Valencia y en la Armería Real de Madrid.

D. Jaime presidiendo las cortes de Lérida en 3 de marzo de 1242. Copia de una miniatura que hay al frente de la edición incunable de las Constituciones de Cataluña, de la que hay un ejemplar en el archivo de la Corona de Aragón y otro en el Archivo Municipal de Barcelona.

Barcelona.—La estatua de D. Jaime I el Conquistador que hay en la fachada de las Casas Consistoriales, adornada con motivo del 7.° centenario del natalicio de aquel monarca. (De fotografía de A. Merletti).

Panteón del rey D. Jaime I de Aragón, en la catedral de Tarragona. (Fotografía del Sr. Torres)

MARRUECOS.— DESPUÉS DEL COMBATE DE SETTAT. (De fotografías de Rol).

Sumisión de las tribus y de los habitantes de Ber Rechid al general d'Amade

Ber Rechid.— Entierro de los soldados franceses muertos en la batalla de Settat

Los prisioneros de la mehalla de Muley Hafid conducidos á Ber Rechid

El rey presenciando el desfile de las fuerzas que cubrían la carrera.—La guardia Real esperando la llegada de SS. MM.

Grupo de cigarreras que ofrecieron un ramo de flores á S. M. la reina Victoria

MONSEÑOR RICHARD

El venerable prelado recientemente fallecido en París había nacido en Nantes en 1818, y después de haber cursado sus primeros estudios en la institución de los Niños nanteses, entró en el seminario de San Sulpicio de París. Ordenado de sacerdote en 1844, siguió en Roma los cursos del Colegio romano, en donde se doctoró en derecho canónico y teología. De regreso en su ciudad natal, fué secretario del arzobispo y vicario general de aquella diócesis. Nombrado obispo de Belley en 1871, cuatro años después pasó á París como coadjutor del arzobispo Monseñor Guibert, y al fallecer éste en 1886, sucedióle en aquella sede arzobispal. En 1889, el papa León XIII le elevó á la dignidad cardenalicia.

S. E. el cardenal Richard, arzobispo de París, fallecido en aquella capital en 28 de enero último. (De fotografía).

Grandes fueron sus dotes de inteligencia y de ellas dió buenas pruebas en las circunstancias difíciles por que atraviesa la iglesia católica en Francia de algunos años á esta parte; pero mayores aún fueron sus virtudes. Su caridad era inagotable, pues todo cuanto tenía lo dedicaba á limosnas y á otras buenas obras; su fe absoluta, firmísima, le hacía sobrellevar resignadamente las persecuciones religiosas, alentado por la indestructible confianza de que la Francia sería salvada por la Providencia.

Su expulsión del palacio arzobispal, que había sido hasta hace poco su residencia, y la de las hermanas Agustinas del Hospital, hechos en los cuales nos ocupamos oportunamente, fueron para él dos golpes terribles que precipitaron la muerte del sabio y virtuosísimo purpurado.

El entierro del cardenal Richard ha sido una grandiosa manifestación de duelo, en la que ha tomado parte toda la población de París y á la que se ha asociado la nación entera.

ANVERSO

REVERSO

Nueva condecoración creada por el rey Eduardo VII de Inglaterra para recompensar los actos heroicos de los mineros. (De fotografía de World's Graphic Press).

UNA NUEVA CONDECORACIÓN INGLESA

El rey Eduardo VII de Inglaterra ha fundado una nueva orden especialmente reservada á los mineros que se distingan por sus actos de abnegación en las catástrofes de las minas que tan frecuentes son en aquel país. La insignia de esta orden es la medalla que adjunta reproducimos y que ha sido recientemente acuñada en la Casa de la Moneda de Londres; tiene en el anverso el retrato de Eduardo VII y presenta en el reverso el salvamento de un minero por uno de sus compañeros de trabajo. La cinta es azul.

MARRUECOS

DESPUÉS DEL COMBATE DE SETTAT

En el número 1.361 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA explicamos las últimas operaciones de los franceses en las inmediaciones de Casablanca, entre ellas la toma de Ber-Rechid y el combate de Settat. Los grabados que publicamos en el presente reproducen algunos interesantes episodios relacionados con aquellos sucesos, tales como la sumisión de los notables de las tribus de Ber-Rechid al general d'Amade después que éste se hubo apoderado de aquella pequeña población, el entierro de los dos soldados franceses que fallecieron el 16 de enero á consecuencia de las heridas recibidas el día anterior, y la conducción á Ber-Rechid de los prisioneros hechos en el combate de Settat.

SS. MM. D. ALFONSO XIII

Y D.ª VICTORIA EN SEVILLA

La llegada de los reyes á la hermosa capital andaluza fué verdaderamente una entrada triunfal; aclamaciones, flores, aplausos, cuantas manifestaciones sirven de expansión á los entusiasmos populares fueron prodigados á las reales personas por la población en masa. Y la estancia allí de D. Alfonso y de D.ª Victoria, estancia que ha de prolongarse bastantes días, es ocasión constante de afectuosas demostraciones de respeto y de cariño. El rey por su llaneza, la reina por su belleza y afabilidad y el príncipe de Asturias por los encantos de su inocencia, se han conquistado las simpatías de todos los sevillanos sin distinción de clases, quienes guardarán gratísimos recuerdos de la permanencia entre ellos de la familia real.

PARÍS

LOS ÁNGELES GUARDIANES DEL AUTOMÓVIL

Con este nombre significativo han sido bautizados por los parisienses unos agentes ciclistas especiales creados por el Automóvil Club de Francia y que han comenzado hace pocos días á ejercer sus funciones en las calles de aquella capital. Así como los agentes de la autoridad tienen por misión denunciar las infracciones de las leyes y de las ordenanzas municipales en que incurran los automovilistas, los «ángeles guardianes» están destinados á prever y evitar esas infracciones, que muchas veces más que á la malicia son debidas á la negligencia ó á la ignorancia. Así, cuando uno de estos ciclistas ve un automóvil que corre á mayor velocidad de la permitida, ó que deja escapar humo, ó que no tiene las luces encendidas ó lleva el número poco visible, echan á correr detrás de él y le advierten la falta y la responsabilidad en que pueden incurrir. Son pues los verdaderos «ángeles de la guarda» de los automovilistas ya que su objeto es guiar á éstos por el buen camino y librarlos de todo peligro y de todo mal.

El público ha acogido muy favorablemente esa nueva institución que ha de prestar grandes servicios á los *chauffeurs* y á los propietarios de automóviles.

Espectáculos. – BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Papá ministre*, interesante comedia italiana en tres actos, de Rovetta, admirablemente traducida por Narciso Oller, y *Vora 'l mar*, zarzuela en un acto, letra de autor anónimo con preciosa música del maestro Alfonso; en Romea, en la tercera sección del «Teatre Intim,» *La victoria dels filisteus*, bonita comedia inglesa en cuatro actos de Enrique A. Jones, muy bien traducida por los Sres. Maristany y Vilaregut; y en el Eldorado *Nunca*, comedia dramática en cuatro actos de D. Francisco Acebal.

En el Palacio de Bellas Artes se ha dado un concierto organizado por el Círculo Artístico con motivo de la exposición de autoretratos. Tomaron parte en él la orquesta del Centro Artístico Musical, bajo la dirección del maestro Sr. Armengol, que tocó escogidas piezas de Bizet, Goberna, Gounod, Saint-Saens, la banda municipal dirigida por el maestro Sr. Sadurní, que ejecutó una fantasía de *Tanhäuser* y otra de la *Damnation de Faust*, las señoritas Fabregat é Iglesias que cantaron la primera dos canciones de Tosti y la segunda una canción de Ferrer-Vidal y otra de Gremieux, y el Sr. Famadas que cantó el arioso de *I. Pagliaci* y la romanza del tercer acto de *Tosca*. Para todos hubo muchos y merecidos aplausos.

El «Orfeó Barcelonés» y el «Orfeó Canigó» han dado dos audiciones de los *lieder* de Bethoven, contenidos en el tomo primero del «Cançone Selecte», esta interesante y notable publicación llevada á cabo por el distinguido musicógrafo barcelonés D. Joaquín Pena. Las canciones fueron deliciosamente cantadas, en el «Orfeó Barcelonés,» por las señoritas D.ª Adelina Serra y D.ª Juana Aleu, acompañadas al piano por las señoras D.ª Elisa Bertrán de Serra y D.ª Elvira Bertrán, y en el «Orfeó Canigó» por la señorita Portella.

MADRID. – En el Español se ha estrenado *El preferido y los cenicientos*, comedia en tres actos que se atribuye á D. José de Echegaray y que es una obra simbólico-política alusiva al problema catalanista.

PARÍS. – Se han estrenado con buen éxito: en el Athenie *Boute-en-Train*, vaudeville en tres actos de Alfredo Athis; en Folies-Dramatiques *Tartelin s'amuse*, vaudeville en tres actos de Enrique Keroul y Alberto Barré; y en el Vaudeville *Un divorce*, comedia en tres actos de Pablo Bourget y Andrés Cury, tomada de la novela del mismo título, original del primero.

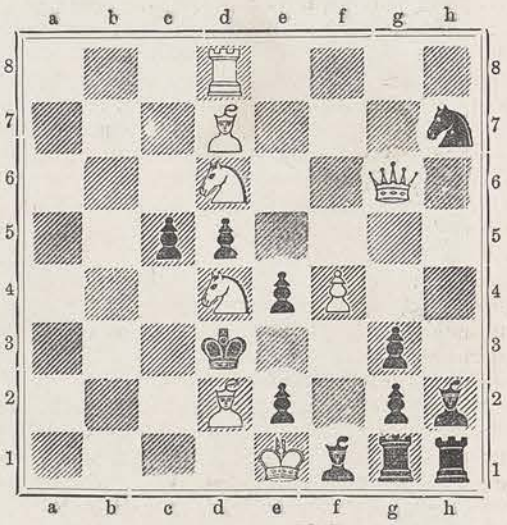
París.—Ciclista perteneciente al cuerpo de agentes creado por el Automóvil Club de Francia, para evitar las contravenciones legales de los automovilistas. (Fotografía de Branger).

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 487, POR V. MARÍN

2.º premio del Concurso de Holanda de 1901

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 486, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. Cg2-h4	1. Db1-f1
2. Dh7×e4 jaque	2. Cualquiera.
3. T ó D mate.	

VARIANTES

1... ..... Ah2×g3;	2. Dh7-f5 jaq., etc.
g5×h4;	2. Dh7-h5 jaq., etc.
Cg8-e7 ó h6;	2. Ta6×e6 jaq., etc.
Ca8-b6;	2. Dh7-c7 jaq., etc.
e4-e3;	2. Ch4-f3 jaq., etc.
Otra jug.ª;	2. Dh7-f5 jaq., etc.

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM créé par VIOLET, 29, Bd ITALIENS, Paris.

La *Gaviota* será tuya, tuya propia, tú serás su capitán; di, ¿quieres?

ALEGRE

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA

ILUSTRACIONES DE CUTANDA

(CONTINUACIÓN)

—¡Ah! ¿Te gusta?, preguntó el marino, atribuyendo el elogio á sus barcas. Ya verás cuando echemos ésta al agua; en cuanto á la otra allí la tienes, á dos varas; mira qué garbosa es, mira con qué gracia se balancea, parece la cuna de un niño mecida por su madre. ¡Ah, la mar! La mar es la madre cariñosa unas veces, severa otras, de todos los barcos. Por cierto que no hay en toda la costa, desde Bahía Blanca hasta Buenos Aires, una embarcación tan primorosa y pulida como esa; mira qué limpia está desde la quilla á los palos; parece recién pintada, color perla, un hermoso color; hace ya tres meses que se lo dí, y... como si hubiera sido ayer, ni una raspadura ni un cacho..., nada...

—¿Es la *Gaviota?*, preguntó Alegre, interrumpiendo la charla del marino.

—Sí, la *Gaviota*. Así lo parece cuando con su velita al viento se va mar adentro, hundiendo su proa en la espuma de la resaca. Como es blanca, cualquiera al verla de lejos la tomaría por una gaviota enorme.

—¡Qué linda! ¿Y la grande, es la *Parma?*

—Sí, chico: el nombre de mi pueblo, ¡hermoso pueblo por cierto!

—¿Y qué es lo que tiene ahora?

—¡Qué curioso eres! Pues lo que tiene es poca cosa, una raspadura que me hizo un pícaro guijarro ayer tarde. Iba costeando, el viento era fuerte, quise arreglar la vela, solté el timón y la barca se torció, dando un bandazo contra una roca. Apenas pude traerla á fuerza de remo y botador; cuando atraqué en el muelle, había embarcado ya tres toneladas de agua. Pero no es más que un rasguño; ya está cerrado; ahora lo calafateo, le doy una mano de pintura, y al agua, porque las barcas no pueden vivir sin mojarse la barriga.

Ludovico comenzó la tarea. Alegre devoraba con los ojos las embarcaciones, sobre todo á la *Gaviota*, tan airosa, tan limpia, tan pulida, cuyos aparejos veía en el fondo.

¡Qué no hubiera dado por subir á ella!

No se atrevía á descubrir su deseo, y se contentaba con mirarla de lejos. Después se acercó á ella, atrájola tirando de la amarra y saltó á bordo. Ya no se pudo contener.

—Padre Ludovico..., dijo, y no continuó.

—¿Qué decías, muchacho?, respondió el otro sin alzar la cabeza.

—¿No quiere usted que dé un paseíto en la *Gaviota?*

—¿Tú, Alegre?

—Sí, ¿por qué no?

—Pero es que no conoces la maniobra.

—¿Que no? ¡Ya lo creo! El tío Delfín me decía siempre que sería un buen grumete.

—Que serías, sí, no dudo; pero...

—Lo soy ahora, padre Ludovico, no digo que muy bueno, pero lo bastante para saber dar unas cuantas bordadas.

—Vamos, te has enamorado de la *Gaviota*.

—No, padre Ludovico, se lo aseguro. ¿Quiere ver si conozco ó no la maniobra?

La mosca de la curiosidad acabó por picar al marino, que soltó las herramientas y se acercó á Alegre.

—Veamos; empuña los remos y sin soltar la amarra rema; con esto veré si sabes ó no.

El negrillo no quiso oir más, y sin desatar el bote remó, haciendo todos los movimientos que le permitía la cadena.

—¡Hombre!, no lo hubiera creído; algo es eso.

—Y sé más, mucho más.

—¿Sí? Bueno, desata la amarra y procura cruzar el río. Loco de alegría desató en un periquete la amarra, viró en redondo y remó vigorosamente hasta tocar la orilla opuesta.

—¡Ya, ya! ¡Eso marcha!, gritaba desde el muelle el marinero. Bien, muy bien; un tanto flojillo, pero se ve que sabes. Ahora atención; está soplando una brisita de la mar, iza la vela y lárgate río arriba nada más que hasta los árboles; cuidado con irte más allá.

¡Oh! Aquello era digno de verse; eso era navegar. El negrillo, á popa, con la caña en una mano y la escota de la vela tendida al viento en la otra, se dejaba llevar por la brisa. Alegre era todo un grumete; los meses pasados sin ver agua no le habían hecho olvidar las lecciones del tío Delfín.

En pocos minutos, aguas arriba, llegó hasta el linde del espeso bosquecillo que bordeaba el río á unos trescientos metros de la desembocadura. Allí viró de bordo, orientó la vela, y ciñendo al viento descendió corriente abajo, yendo á atracar al muelle con tanta seguridad y limpieza en la maniobra, como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa.

—¡Bravo, muchacho! Razón tenía mi hermano en decir que serías un buen grumete; y lo eres, y con el tiempo puede que llegues á ser algo más. Dime, ¿conoces la maniobra del aparejo en un buque grande?

—¡Cómo no! Es lo que el tío Delfín me enseñó más, sólo que cuando el viento es muy fuerte...

—¡Ya, ya! ¿No te alcanzan las fuerzas, eh? No importa, eso vendrá con el tiempo. Pero si conoces la maniobra, puedo llevarte conmigo en la *Parma* para que me ayudes.

—¿Mañana?

—No, mañana, no; tengo ya contratados dos muchachones del pueblo; y la maniobra de mañana será pesada; otro día, hay tiempo. Ahora amarra el bote, bien amarrado, no sea que el viento se lo lleve.

El negrillo, aunque sintiendo dejar tan pronto la barquilla, obedeció; arrolló la vela, bajó el palo y agachóse á proa para amarrar la cadena al muelle.

Pero no había contado con la huéspeda.

Tell no le perdonaba que, en la precipitación de enseñar sus habilidades, lo hubiera dejado en la orilla. Él también habría querido subir al bote; la sangre se le quemaba de impaciencia; ya iba á echarse á nado para alcanzarlo cuando la *Gaviota* atracó al muelle. Era mejor subir directamente sin pedir permiso. Calculó la distancia con ojo de perro experto, tomó fuerzas y saltó á bordo, yendo á caer sobre una de las bandas. El bote dió un brusco barquinazo, y el pobre Alegre, que agachado á proa amarraba la cadena, perdió el equilibrio y se fué á pique.

—¡Muchacho!, exclamó afligido Ludovico, al verlo desaparecer bajo el agua.

Pero ya el negrillo subía á la superficie, nadando como un pato. Asióse á las maderas del muelle y trepó á tierra.

—Chico, díjole el marino, acariciando sus mojadas mejillas. ¡Pues nadas como un delfín! ¡Vaya si eres un buen grumete! Y con el tiempo, ¡diablo!, puedes llegar á capitán, ¿eh? ¿Te gustaría?

Alegre se quedó un momento pensativo. A través de los años que habían de venir, contemplábase dueño y señor de un barco.

Padre Ludovico, que lo miraba, adivinando el curso de sus pensamientos, se dió una palmada en la frente.

—Con el tiempo, ¡hum! Aún falta mucho; tú quisieras empezar por allí la carrera, ¿verdad? Pues bien, si no eres ambicioso, desde hoy serás capitán.

—¿Capitán?

—Sí, capitán de la *Gaviota*, ¿eh? ¿Qué te parece?

—Pero la *Gaviota*..., balbuceó el chico, temeroso de que el rumor de su propia voz lo despertara de aquel sueño que comenzaba.

—La *Gaviota* será tuya, tuya propia, tú serás su capitán; di, ¿quieres?

Alegre cerró los ojos; ¿era ó no era un sueño?

—¡Capitán!.., tartamudeó.

—¡Sí, capitán, rayo de Dios!, tronó padre Ludovico, sacudiéndolo por los hombros para despertarlo, y añadió, cuadrándose y llevando la mano á la boina: ¡A la orden, capitán Alegre!

—¡Dios mío! ¿Pero no es sueño?, murmuró el negrillo.

No, no era sueño; era realidad.

XIV

HUMOS DE FRAGATA

Madre Marta les había preparado una opípara cena, de esas que sólo se veían en la casa del marino allá de tarde en tarde, cuando repicaban fuerte.

Sopa de polenta con pajaritos y magníficos tallarines con hongos y queso rallado, como platos principales. Además, como superfluidades, en una ancha fuente, un pollo levantaba al cielo sus mutiladas patas en demanda de venganza, y á su lado un plato de rosadas lonchas de jamón metía cierto hormigueo en el estómago, que aquello hubiera sido insoportable de no tener tan á mano el remedio.

Y para rociarlo todo, erguíase en mitad de la mesa una panzuda botella de excelente Barbera.

Era para abrir el apetito más trancado.

El negrillo, que habitualmente lo tenía abierto de par en par, al ver aquello y al sumar la hambruna consecuencia de una legua de trote y del inesperado baño que le brindara Tell, sintió que las puertas de su estómago, de puro abiertas, se desvencijaban.

—De esta hecha, muchacho, díjole padre Ludovi-

co, que con la tarea y la alegría de esa tarde estaba tan á punto como Alegre, te indemnizas de todas las hambrunas pasadas y por pasar. Anda, toma asiento, añadió, señalándole uno y tomándose él otro.

—¡Pues he ganado mi tarde!, decía el marino, hundiendo su valiente cuchara en la humeante sopa. No tenía ningún hijo, Dios me los llevó chicos, y ahora me devuelve uno crecidito y hermoso. ¡Qué bien lo ha entendido mi buen Joaquín! ¡Cuánto tiempo hace que no lo veo! Dime, Alegre, ¿está muy viejo?

—¡Qué ha de estar, si tiene aún fuerzas para echar abajo el palo mayor, tirando de un obenque, por poco que apriete!

—Lo creo; bien lo conozco. Pues sabrás que aunque no fueras tú lo que eres, digo, que si en lugar de ser un buen muchacho, fueras una mala pieza, con la sola carta que me has traído te aceptaba yo de mil amores; todo, todo por agradar á ese buen marinerote. Si tú supieras... ¡Mira!, exclamó, golpeándose la pierna de palo. ¿Sabes tú lo que es esto? Casi nada; una verga que se me vino encima. Estaba yo á bordo del *Meteoro;* la mar se había puesto brava aquella noche; hubo que hacer la maniobra; trepé á uno de los palos; tiré, tiré tan fuerte de una de las drizas, que el cabo se rompió, se me vino encima una verga, y allá fuí á dar al puente con toda aquella máquina sobre mí. Cuando me levantaron tenía una pierna rota. En la primera escala que hicimos dejáronme en tierra; allí hubiera muerto; no tenía ningún recurso, pero vino en mi ayuda Joaquín, mi buen Joaquín. Me amputaron la pierna y él pagó á los cirujanos. ¡Seis meses estuve quilla arriba en la cama; seis meses más tardé en ponerme fuerte para el trabajo, y él lo pagó todo, todo con largueza, con rumbo casi, haciendo humo los ahorrillos de veinte años de luchas con la mar. Ahora, dime tú, muchacho, si esto se puede pagar con dinero; ¿no es verdad que no? ¡Pues ni aunque se pudiera, tendría yo dinero suficiente para pagarlo! ¡Montes de oro vale todo eso! Ya lo ves; como á hijo de rey te habría recibido, aun cuando tú no fueras lo que eres; pero siéndolo, no como á hijo de rey te recibiré, Alegre, sino como á hijo mío. Bueno, bueno; cuéntame tu historia; sin duda que será interesante; poco menos que nada me dice Joaquín en su carta; pero no importa, con tan buena lengua como tienes, sabrás contarlo todo, ¿eh? Vamos, echa un trago; aunque los niños... En fin, suelta la sinhueso.

Alegre era poco aficionado á contar su historia, mucho menos cuando estaba contento; ¡tenía tantas páginas negras el libro de su vida! Pero la contó, por agradar á aquellas buenas gentes, que le escuchaban conmovidos. De cuando en cuando madre Marta, con el pretexto de levantar los platos, iba á enjugarse en un rincón con la punta de su delantal algunas lágrimas que no podía contener, y murmuraba: «¡Pobre chico, pobre chico!»

Concluída la historia, narrador y oyentes quedaron en silencio, viendo desfilar ante la imaginación los cuadros evocados.

Una voz bronca y alegre que resonó como el estampido de una salva, lo interrumpió desde afuera:

—¡Qué! ¿Esta noche no se charla? ¡Tromba! ¿Tenéis algún nublado encima?

—¡Hombre!, ya está ahí Jorge, dijo padre Ludovico, levantándose de la silla. ¡Adelante, camarada; ven y echa un trago de lo bueno!

—¿Sí? Lo echaré, lo echaré, ¡tromba!; pero hoy no es día de fiesta, que yo sepa, respondió la misma voz, á tiempo que entraba su dueño, un grueso marinero de unos cincuenta años; un marino de veras, de rostro curtido, de fisonomía tosca, como labrada á hachazos, completamente rasurado. Vestía pantalón y chaqueta de brin azul, calzaba fuertes botas y cubría su cabeza con una boina también azul.

Por la entreabierta camisa veíase brillar sobre el pecho una medallita de plata; aún en sus gastados relieves podía adivinarse la imagen de una *Madonna.*

Caminaba balanceándose, como si pisara el movedizo puente de una barca. Y echaba grandes bocanadas de humo de una pipa corta y negruzca, eternamente pegada á sus labios.

—¡Tromba! Ese es un marino, díjose al verlo el negrillo, á quien la exclamación le había caído en gracia.

—No es día de fiesta, pero es día de gozo, respondió Ludovico á la insinuación del recién llegado.

Éste, deslumbrado un momento por la luz de la habitación, creyendo ver algo insólito en ella, llevóse la mano á los ojos á manera de pantalla y examinó curiosamente lo que le llamaba la atención.

—¡Tromba!, dijo al cabo. ¿Tenéis convidados?

—Vamos, echa un trago, respondióle Ludovico, alargándole un vaso, y prepárate á ver algo que no has visto ni verás nunca

De un golpe el marinero dejó al descubierto el fondo del vaso, y haciendo chasquear los labios acercóse á Alegre, que lo miraba respetuosamente como á un ser superior. ¡Aquello era un marino! Más, mucho más que el tío Delfín; al menos así lo creía el muchacho.

En cambio Jorge no lo respetaba tanto á él; acercósele, y poniendo una mano encima de su rizada cabeza, moviósela de modo que le diera de lleno en el rostro la luz de la lámpara, y contemplólo fijamente frunciendo el entrecejo para reconcentrar toda su potencia visual.

—¡Tromba con el chiquillo!, exclamó al cabo de un rato, durante el cual padre Ludovico y madre Marta espiaban ansiosos el efecto de aquella maniobra. ¡Hermoso en verdad!

—¿Eh? ¿Qué dices tú?, interrogó triunfalmente padre Ludovico.

—Nada; ¿qué voy á decir, sino que quién os ha traído este muñeco?

—Se ha venido él solo, respondió madre Marta.

—¡Esa es buena! ¿Y de dónde se ha venido?

—¡Pues del cielo!

—Lo creo, sí, es hermoso como un ángel; pero..., añadió bajando la voz de modo que sólo le oyeran los dos esposos, ha debido hacer escala en el infierno. ¡Tromba si es negrito!

Alegre miraba á uno y otro lado y oía lo que le dejaban oir.

Padre Ludovico le recordaba mucho al tío Delfín, un tío Delfín más joven y más jovial; y aquel marinerote, con su eterna pipa y sus eternos ¡trombas! le agradaba mucho. Fuera de su voz de cañón que tronaba, pero no mataba á nadie, era el más bueno, el más cariñoso y el más valiente de los hombres.

Cuando se retiró dos horas más tarde, padre Ludovico dijo al negrillo:

—Alegre, es hora de dormir; ve á la cama, hijo mío; al rayar el día yo me encargaré de que pongas los huesos de punta.

La cama de Alegre, colocada en el comedor, estaba lista, gracias á la actividad de la buena madre Marta.

El chico iba á acostarse. Pero se acordó de algo que la tarde entera había estado rumiando mentalmente.

—Yo quería decirle á usted una cosa, dijo á Ludovico; pero...

—¿Pero qué?, interrogó el pescador, acariciando la barbilla del niño.

—Pero..., repitió éste sin proseguir.

—Pero no te animas, ¿eh? No seas tonto: hazte cuenta que yo ya soy tu padre, que lo seré, ¡tromba!, como diría Jorge, y desembucha lo que te estorbe en la bodega.

Alegre, sin decidirse aún y temblando de vergüenza, sacó del bolsillo el sobre con el billete del señor cura, y murmuró:

—Esto es para usted.

Padre Ludovico dió un salto al ver el dinero; frunció el ceño y con cariz tormentoso preguntó:

—¿Qué dices? ¿Que esto es para mí? ¿Y de dónde lo has sacado?

—Me lo dió el señor cura cuando salí de su casa, tartamudeó avergonzado el negrillo sin alzar la vista del suelo.

—¡Ah!, suspiró el marino, como si le hubieran quitado un peso de encima del corazón. ¿No mientes, verdad? Bueno, bueno; otra cosa no supuse yo. ¿Y para qué es esto?

—Es para usted.

—¿Para mí? ¿Crees que soy más pobre que tú? Esto no es para mí, ni lo será, ni quiero que lo sea, ¿entiendes? Esto lo debes guardar, que para ti te lo dió el señor cura; esto es tuyo y bien tuyo; ¡truenos y relámpagos! ¡Habráse visto rumbo como el de este chiquillo! Apenas cala una cuarta ni enarbola más que un palo y tiene ya humos de fragata.

Alegre quiso protestar.

—Nada, nada; este dinero lo guardo, pero para ti; cuando lo necesites, ya sabes dónde lo encontrarás. Y basta por ahora, vete á dormir; tú tendrás sueño y yo también.

Alegre obedeció; metióse en cama, pero no se durmió en seguida, y cuando más tarde madre Marta, sabedora del altercado, fué á ver si dormía bien el chico, lo encontró despierto.

A ella le habló del asunto como hubiera podido hablar á su propia madre; intercedió, suplicó, hizo un pucherito.

—Calla, Alegre mío, no seas tonto, díjole la buena mujer. ¿Eres acaso millonario?

Y lo besó en la frente.

Alegre se durmió; vió en sueños muchas cosas; soñó que ahora era feliz..., soñó que lo sería siempre...

XV

EL TÍO JORGE

El primer rayo de sol que á la mañana siguiente se coló por la ventana, besó á Alegre en los ojos, despertándolo.

El niño se vistió á toda prisa y salió de la habitación.

Ya madre Marta lo esperaba con un tazón de leche caliente y una gran rebanada de pan oloroso, recién sacado del horno.

Alegre dió los buenos días y se desayunó á toda prisa, ansioso de ir al fondeadero.

Cuando llegó, padre Ludovico, Jorge y algunos otros trabajaban por botar al agua la *Parma.*

—¡Tromba, chiquillo! ¿También madrugas?, díjole Jorge al verlo.

La vista del niño produjo en todos la misma impresión. Aquel negrillo tan dulce y tan hermoso, sólo amigos y protectores halló entre aquella buena gente.

Y cuando Ludovico les aseguró, á fe de viejo lobo, que allí donde lo veían era el mejor de los grumetes que comían pan en diez leguas de costa, para el Norte y para el Sur, la admiración creció; pero algunos movían la cabeza.

—¡Hum! ¡Había que verlo! No tiene aires de marino.

—Pues lo veréis, ¡tromba!, respondió picado padre Ludovico, guiñando el ojo á Jorge. A ver, chico, anda y convence á esta gente; allí está la *Gaviota,* allí está la sandunguera que te ha sorbido el seso.

Y como el negrillo vacilase, un tanto receloso, añadió:

—¡Capitán Alegre!

Aquel fué un toque de corneta. El capitán Alegre saltó al bote, seguido de Tell, y empuñó los remos.

—Atención, ¿eh?, que la brisa te coge de proa.

Pero eso no era nada para un lobo de la talla del negrillo. La sandunguera *Gaviota* se portó; y él, con la caña del timón en una mano y la driza del trapo que crujía al viento en la otra, orzando un poco, remontó la corriente del río, no muy fuerte en aquel punto. Y después de describir un semicírculo, para presentar siempre un costado á la brisa bastante fresca, cuando llegó á los árboles viró de bordo, y viento en popa se largó río abajo.

—¡Tromba, retromba!, juraba Jorge, que, con la mano sobre los ojos para evitar el reflejo del agua, saboreaba la maniobra del muchacho. ¡Pues si es todo un grumete!

En cuanto la proa de la *Gaviota* tocó al muelle, el marino no se pudo contener y corrió al bote.

—Deja, Alegre, deja que te abrace, porque te lo mereces. Mira, chico, cuando yo era de tu edad, había aspirado ya las brisas de todos los mares y me habían caldeado los sesos los soles de todos los trópicos; y con todo no sabía ni la mitad de lo que sabes tú. Y aquí, aquí en la playa, hay treinta muchachos como tú, que han nacido á bordo, que se han criado á bordo, que han probado la sal de todas las olas y se han bañado en la espuma de todas las resacas, y son á tu lado muñecos de mazapán; Alegre, eres un grumete con arboladura de capitán; deja que te abrace, chiquillo, que bien te lo mereces, ¡tromba!

Y estrechó contra su pecho al niño, que, gozoso y confundido, no acertaba á hilvanar una frase de agradecimiento.

La botadura de la *Parma,* interrumpida un momento por la llegada de Alegre, prosiguió, y en un cuarto de hora el agua chapoteó rudamente azotada, mientras la embarcación quedaba balanceándose airosamente.

Los barriles de pescado salado que formaban toda la carga, y algunas bolsas de lana, pronto quedaron estivados en la bodega.

Izóse el trapo, subió toda la gente á bordo, y se tendió la vela.

—¡Alegre!, exclamó entusiasmado padre Ludovico. Alegre, mira qué hermosa es.

Y era en realidad hermosa la barca, y más hermosa aún cuando tendida la lona al viento, cabalgaba sobre la inquieta espalda de las olas que hervían deshechas en espumas bajo su fina quilla. Ninguna de las barcas de Cruz Chica ni de muchos puertos de la costa aquella podían competir con ella en esbeltez, en garbo y en velocidad.

—¡Qué hermosa!, exclamó Alegre, mirándola con una veneración de idólatra ante un fetiche.

El viento crujía en la lona y la amarra estaba tirante. Estaban por largarla, cuando el negrillo saltó á bordo.

—¿Quieres ir?, le preguntó Ludovico.

—No, padre Ludovico, quisiera...

—¿Qué quisieras?

—Que me diera permiso para andar hoy en la *Gaviota*.

—¡Brava cosa! ¿No eres, acaso, su capitán?

—Sí, sí; pero...

—Pues si lo eres, puedes disponer de ella, ¡qué diablos! Donde manda el capitán, no manda el marinero.

—¿Entonces puedo?..

—¡Claro que puedes! ¡Eh!, pero en el río, no en la mar; cuidado, cuidado con ella, no te le acerques, que es traidora como una mula; cuidado, Alegre, que como yo huela á sal en la proa de la *Gaviota*, se acabó el buenazo de padre Ludovico, ¿entiendes?

¡Tromba si entendía Alegre!

Y la amarra se soltó, y la airosa embarcación salió del fondeadero, y en cuanto mojó su quilla en el agua del mar, proa al Sur, buscó el rumbo de Necochea.

Alegre, desde el muelle, la siguió con la vista, hasta que la banderola que flotaba en la punta de su mástil se perdió detrás de los árboles del parque.

Si la *Parma* se iba, le quedaba la *Gaviota*. La *Parma* era hermosa, pero la *Gaviota* era mejor... porque era suya; padre Ludovico se la había dado, de veras y para siempre, y en ella era capitán, tripulación y hasta carga.

El capitán Alegre iba á embarcarse en su *Gaviota*, pero una mano lo detuvo por el brazo. Allí, sobre el muelle, se había quedado Jorge. Alegre se volvió.

—Capitán Alegre, ¿te gustan los tíos?

—¿Los tíos?, repitió el negrillo.

—Sí, ¿te gustaba el tío Delfín.

—¡Era muy bueno!

—¿Y no quieres tener otro?

—¿Otro tío Delfín? Si fuera tan bueno como él...

—Sí, sí, ¿no quieres tener un tío Jorge?

¡Oh! Aquel gran marinero, aquel lobo de mar quería ser su tío; un tío de perlas.

—¡Cómo no!, exclamó Alegre.

—Bueno, yo seré el tío Jorge, y quiero serlo para que como á tío me oigas los consejos. Capitán Alegre, eres dueño de un barco, muy bueno es eso, á tu edad ni un remo tenía yo; tú sabes mucho y mucho amas á la mar, pero tú no la temes, tú no sabes que es mala, muy remala; ¡tromba! tú no la conoces, tú no conoces sus artimañas, sus ardides, sus celadas; de frente la mar no embiste; la mar es traidora, como te decía Ludovico; la mar vive, la mar siente, la mar odia y disimula; tú no la conoces, Alegre, y yo sí, yo he bailado con ella, ¡tromba si la conozco! En el río puedes andar todo lo que quieras, el río es franco, es noble; embiste de frente; el río vive también, pero ama. Mucho ojo, capitán, mucho ojo, y escucha á este viejo lobo que ha visto mucho, y sabe algo; la *Gaviota* es muy pequeña, y tú, hijo mío, eres muy niño, y añadió, bajando la voz como si las olas que se rompían en la playa pudieran oir sus palabras y llevar el cuento, la mar es mala, muy remala, la mar nos odia.

Entre Jorge y la mar, sólo odios podían existir. La mar amarga, de amarguras había llenado la vida del marino; en la mar murió su padre; sus abuelos murieron en la mar; destrozados por las olas contra el acantilado del solitario Peñón de las gaviotas, cuyas crestas se divisan á una legua casi de Cruz Chica, mar adentro, habían muerto dos de sus hijos. Y el viejo marino había jurado odio eterno y guerra á la mar cruel, á la mar rencorosa, solapada y traidora.

El muchacho prometió á su nuevo tío hacer lo que le encargaba; dióle las gracias, saltó á su bote, soltó la amarra, y orientando la vela, empezó á remontar el río por tercera vez, mientras Jorge le gritaba desde el muelle:

—Ojo al timón y á la escota, Alegre, el viento te es contrario; también el viento nos odia y es artero, ¡tromba!

Casi una hora tardó en recorrer Alegre el medio kilómetro de agua que le separaba del *chalet* de los Alvarados. Iba corriente arriba y con viento casi de proa, de modo que á veces tenía que hacer fuerza en los remos para impedir que el bote embicara en la costa.

Pero cuando enfiló el *chalet* á la altura del fondeadero del yate, como el río torciera bruscamente, de contrario volvióseles el viento favorable, y con esto la *Gaviota*, arrastrada por la lona, dejó á su dueño, que sentado al timón, se dejara mecer por la blanda mano de sus ilusiones.

Había realizado su sueño de oro: era marino, era capitán; tenía un barco, un poco pequeño, pero ¿qué importaba eso? Si hubiera sido mayor, no sería él su capitán; él mandaba á bordo y la tripulación obedecía; ¡la tripulación! Tell era el único tripulante, y Tell no conocía la maniobra. A lo sumo, cuando su amo le arrojaba un palo al agua, el animal se echaba en pos de él y volvía con su trofeo en los dientes, pidiendo con gemidos que lo izaran á bordo; el capitán lo izaba, y el valiente animal, en agradecimiento, se sacudía con todas sus fuerzas, empapando á Alegre, que se reía cordialmente.

—¡Oh, Tell! Has nacido para payaso; lo que es para marino, tu carrera está concluída; no pasarás de esto.

En su imaginación, Alegre, al mirar el tupido monte que franjeaba las orillas del río, creíase recorriendo lejanos y fantásticos países. Aquella excursión era un vaso de agua para calmar la sed de viajes que le devoraba. Y se complacía en soñar peligros; el bosque de la orilla estaría poblado de fieras, de esas fieras que había visto cuando era muy niño, en aquel rincón de las selvas africanas, donde su madre meció con cariñosa mano su cuna de lianas tendida entre los troncos de las palmeras.

La imaginación del negrillo se desbordaba.

Quiso desembarcar para explorar un momento las desconocidas regiones que veía; arrimóse á la orilla, saltó á tierra y *ancló*, hundiendo en la húmeda arena de la margen un largo clavo que llevaba la amarra en su extremidad.

Llamó á Tell y se internó en la maraña, temeroso un tanto de sólo pensar que detrás de cada *churqui* podía espiarlo alguno de los indígenas de aquel país, que suponía negros como sus compatriotas.

Era una diversión, después de todo, el temblar de terror á cada rumor de la selva, á cada repentino crujido de ramas que se quebraban, y largar después una carcajada.

Pero no era todo de engañifas.

De pronto, y cuando menos lo esperaba, sintió á su lado, detrás de un matorral, el chisporroteo de una llama, vió un torbellino de humo, y al escudriñar con la mirada la espesa ramazón que le ocultaba la hoguera, quedóse helado de espanto.

Esta vez no eran fantasías. Esta vez era cierto. Allí, á pocos pasos de él, sentada en cuclillas, lo miraba un indígena, un habitante de la región desconocida, negro y horriblemente feo, mejor dicho fea, porque era una vieja harapienta y desgreñada.

No era un sueño, ni una alucinación; era una realidad, una indígena auténtica que lo espiaba con sus ojillos burlones, tendiendo unos brazos negros y secos como si en ellos quisiera ahogarlo, y haciendo horripilantes muecas con una boca que, á ser mayor, muy bien hubiera servido para boca del infierno.

Alegre, petrificado de espanto, quedó clavado en el sitio. Vió á la vieja que se levantaba de un salto y corría hacia él con las zarpas extendidas, y sólo cuando los palitroques repugnantes que tenía por brazos le rodearon el cuello, se sacudió nerviosamente y se arrancó de aquel lugar, huyendo despavorido, llevándose por delante los matorrales espinosos, cayendo, levantándose y sintiendo siempre el jadeo de aquella espantosa bruja que le pisaba los talones. Llegó á la orilla, saltó al bote, desamarrólo de un tirón y con vigoroso empuje, hincando un remo en la tierra, echó la embarcación hacia el medio del río á tiempo que á la orilla llegaba la vieja, que prorrumpió en una algarabía de insultos é imprecaciones ininteligibles.

Alegre no paró de remar río abajo hasta que se sintió del todo fatigado; sólo entonces pudo creerse en salvo y respiró, pero sólo entonces vió que Tell no le acompañaba; el perro sin duda vagaba perdido por el monte, no pudiendo rastrear á su amo, que de su paso no dejaba más huella que la fugitiva estela de la *Gaviota*.

Desconsolado y lleno de miedo viró en redondo, izó la vela y comenzó á desandar lo andado, temiendo no encontrar más que los huesos de su amigo devorado por la bruja. Se engañaba. Tell estaba muy vivo; no tardó en oir sus ladridos, y á poco el ruido de su cuerpo al azotar el agua: lo había visto desde la margen, y temblando de gozo nadaba hacia el bote. Alegre lo recogió, y al quererse volver oyó que le gritaban. Un hombre desde la orilla lo llamaba.

—Muchacho, le dijo, ¿querés pasarme el río? El puente queda lejos, y ya que estás aquí creo que no hay para qué caminar tanto.

Por el modo de hablar conoció Alegre que era un criollo; no tuvo miedo y acercó su bote.

—Suba, le dijo.

—Vos no sois de acá, ¿no es cierto?

—No, he venido ayer. ¿En qué lo ha conocido?

—Un chico de tu edad aunque le ofrecieran un monte de oro no se animaría á llegar á estos sitios.

—¿Y qué hay de malo en ellos?

—No has oído hablar de la india Chulpa, seguramente.

—No.

—Es una vieja horrible, una bruja...

—¡Ah! ¡Si la he visto hace un rato! ¡Me ha corrido!

—¿Y no tuviste miedo?

—¡Vaya si tuve! Como que en la disparada me olvidé del perro y lo dejé en la orilla.

—Sí, lo encontré corriendo sin rumbo y olfateando al aire; no te vió, sin duda, cuando te fuiste. Entonces nada sabes de la india; pues es una bruja, á la que temen todos los chichos de por acá, y hasta las mujeres; ¡como que para evitar sus conjuros le ponen todos los sábados una bolsa de provisiones debajo de cierto árbol; de eso vive la india.

(Se continuará.)

Saltó al bote, desamarrólo de un tirón y con vigoroso empuje, hincando un remo en la tierra

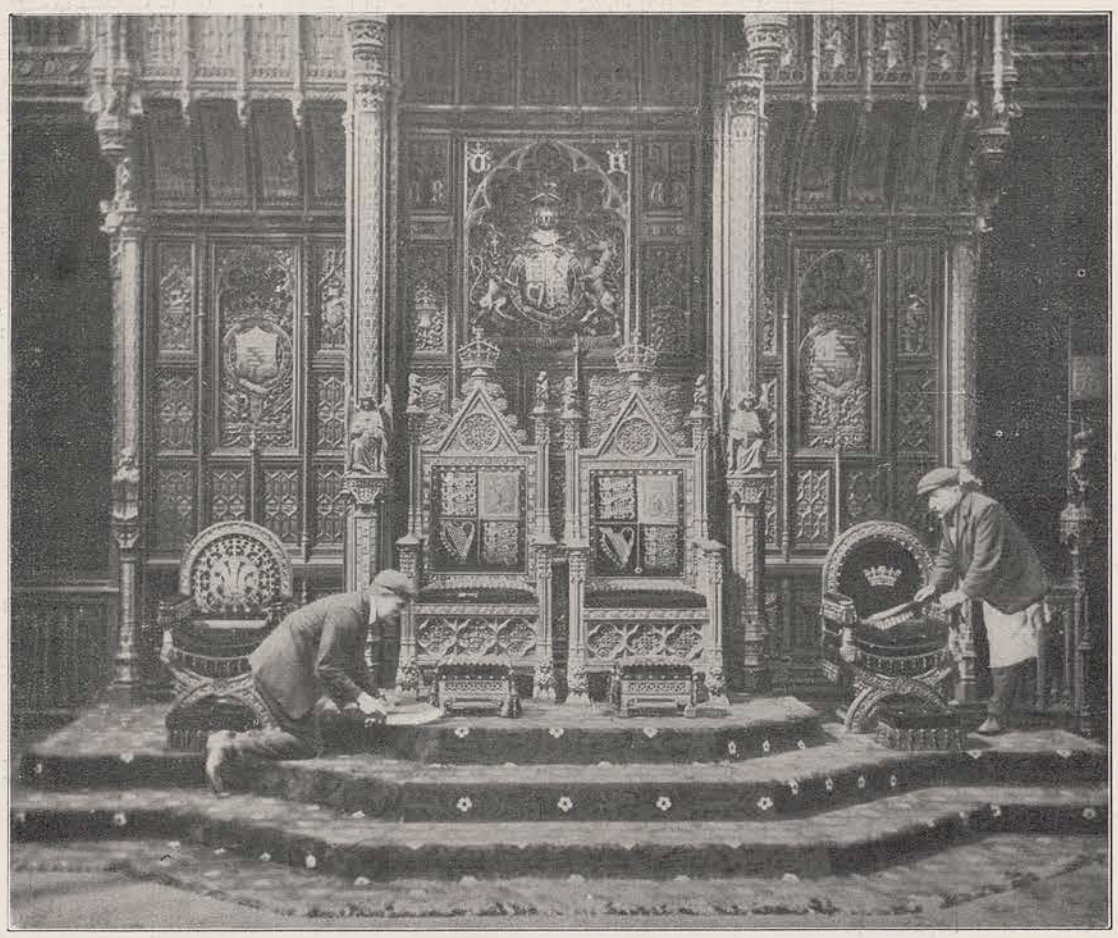
LONDRES.—LA APERTURA DEL PARLAMENTO POR SS. MM.

El día 29 de enero último efectuóse la inauguración de la tercera legislatura, con la pompa y la solemnidad que son características de la vieja Inglaterra, modelo de estados monárquicos y de pueblos parlamentarios.

Las tropas cubrían la carrera que había de seguir la regia comitiva y en todas las calles agolpábase una multitud inmensa, deseosa de presenciar el brillante desfile y de testimoniar una vez más el afecto que profesa á sus reyes.

El cortejo era espléndido; los trenes más lujosos, los más vistosos trajes, las más ricas galas, todo contribuía á imprimir al acto el sello de magnificencia que es tradicional en la corte británica.

El salón de la Cámara de los Lores, en donde la ceremonia había de celebrarse, ofrecía también un aspecto deslumbrador: las togas encarnadas de los pares temporales, las rojas y blancas de los pares espirituales, los elegantes vestidos de las esposas de los pares, tocadas con plumas de avestruz, símbolo de su alta dignidad, uniformes brillantes de los diplomáticos, nada faltaba en aquel espectáculo. Puntuales, según es en ellos costumbre, los soberanos hicieron su entrada en el salón, precedidos de pajes, heraldos y altos dignatarios de la corona, y se sentaron en sus tronos. El rey Eduardo VII vestía el uniforme de almirante; la reina Alejandra, radiante de juventud y de belleza, llevaba un elegantísimo traje obscuro, sobre el cual destacaban magníficas joyas. A los lados de los soberanos tomaron asiento los príncipes de Gales.

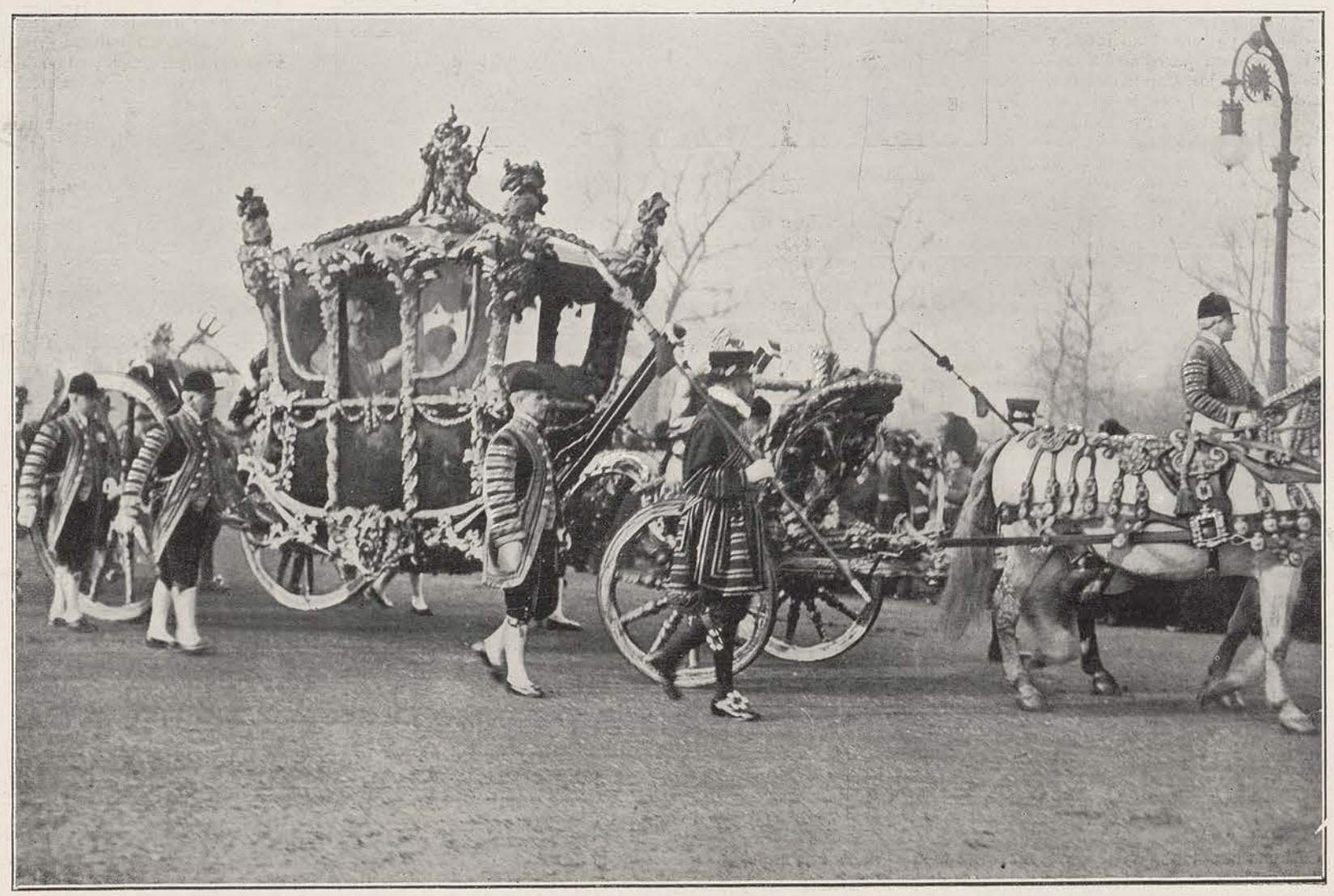


Estrado con los sillones en donde se sentaron los reyes que presidieron la ceremonia
Los sillones que se ven á los lados los ocuparon los príncipes de Gales

Pronunciada por el monarca la frase *Pray be seatet*, sentóse la noble asamblea, y el *speaker* y los miembros de la Cámara de los Comunes entraron en el salón, ocupando el sitio que les está reservado en estas ceremonias.

El lord canciller entregó el discurso del trono á S. M., quien lo leyó sentado y con voz clara y potente. Terminada la lectura, levantáronse todos, el rey dió la mano á la reina para bajar del trono y se formó nuevamente el cortejo. SS. MM. subieron á la carroza de gala, y saludados por las entusiastas aclamaciones de la muchedumbre, regresaron al palacio de Buckingham.

Aprovechando la circunstancia de la apertura del Parlamento, las sufragistas intentaron realizar una manifestación, presentándose en distintos puntos de la carrera formadas en grupos con banderas, en las que se leían las palabras «¡El voto para las mujeres!» Una de ellas quiso arrojar al coche del rey un memorial, pidiendo satisfacción para las reivindicaciones feministas, pero fué detenida por la policía cuando se disponía á realizar su propósito.—T.



Los reyes Eduardo VII y Alejandra en su carroza de gran gala dirigiéndose á la Cámara de los Lores. (De fotografía de World's Graphic Press)

«L'HEREU ESCAMPA,»

DRAMA EN TRES ACTOS DE SANTIAGO RUSIÑOL

El aplaudido autor dramático Santiago Rusiñol se ha apartado en su último drama *L'hereu escampa* del camino hasta ahora seguido por él en casi todas sus producciones escénicas, dejando á un lado ese procedimiento tan suyo en que la acción se desenvuelve plácidamente, sin grandes sacudidas, en un ambiente de poético sentimentalismo, y entre chispazos que unas veces son chistes delicados y otras sátiras punzantes.

L'hereu escampa es, por el contrario, un drama de pasiones violentas, de agudos conflictos que han de terminar fatalmente en una catástrofe. Guillermo, hijo primogénito y *hereu* de un rico hacendado rural, Julián, que ha querido hacer de él un hombre de carrera, haciéndole cursar en Barcelona la de abogado, regresa al pueblo provisto de su título y se casa con Catalina, joven payesa á quien había amado su hermano Jaime; mas no tarda en aburrirse de aquella vida sosegada y de aquella esposa á la que no puede querer, y para buscar distracción á su tedio, se entrega á la bebida y al juego, iniciando así la ruina de su casa.

Un senador vitalicio, D. Pascual, cacique del pueblo y que pasa en éste los veranos, se propone sacar diputado á Guillermo; apelando para ello á todas las males artes de la política, y Guillermo, no tanto por el afán de lograr la investidura de aquel cargo, como por el amor que siente por Gloria, esposa de D. Pascual, emprende la lucha y acude á un prestamista, que con intereses usurarios le facilita dinero para los trabajos electorales. El prestamista al fin se cansa de proporcionarle recursos, y entonces Guillermo los pide á su padre, quien se niega terminantemente á dárselos; ante esta negativa, el *hereu* le agravia y le injuria, echándole en cara que haya querido encumbrarle y no le dé los medios necesarios para sostenerse en la posición á que él mismo le ha elevado, y aquellas violentas recriminaciones del hijo causan la muerte del anciano Julián.

Guillermo ha perdido la elección, y al verse arruinado y abandonado por Gloria, siente todo el horror de la realidad, y desoyendo los consejos de su esposa, que en vano trata de despertar sus energías, se suicida.

No acaba, sin embargo, aquí el drama. Jaime, el segundón, se siente con ánimos para rehacer la hacienda, y señor ya de su casa, se dirige á sus servidores, exclamando: «¡Ahora, muchachos, á sembrar!» Esta es quizás la única nota consoladora del drama de Rusiñol.

L'hereu escampa, que tiene, como es natural tratándose de tal autor, escenas y fragmentos hermosos, ha sido y sigue siendo muy aplaudido. En su ejecución distínguense notablemente las Sras. Clemente y Baró y los Sres. Viñas, Capdevila, Borrás, Tor y Vehil.

Para esta obra ha pintado el reputado escenógrafo Sr. Vilomara una bellísima decoración, llena de carácter y de luz, de la cual da perfecta idea la fotografía que adjunta reproducimos.—X.

Barcelona.—Escena del primer acto del drama de Santiago Rusiñol *L'hereu escampa*, recientemente estrenada con buen éxito en el teatro Romea. (De fotografía de A. Merletti).

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PECHO IDEAL
Desarrollo – Belleza – Dureza de los PECHOS en dos meses con las Pildoras Orientales, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 7'50 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrián y C.ª, Puertaferrisa, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cia, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
FUMIGATION
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

París.—Carrera automovilista «Nueva York-París», organizada por el diario *Le Matin*.
Salida de los automóviles con dirección al Havre para embarcar con rumbo á Nueva York y emprender desde allí la carrera. (De fotografía de Harlingue).

El diario parisiense *Le Matin*, animado por el excelente éxito de la carrera automovilista Pekín-París, ha organizado, con el concurso del *New-York Times*, un viaje aun más atrevido, la vuelta al mundo, reduciendo al mínimo los medios accesorios de locomoción.

El día 27 de enero próximo pasado salieron de París los franceses Bournier Saint-Chaffray, comisario de la carrera, con su automóvil Dion-Bouton; Godard, en su Motobloc, y Pons, en su *voiturette*, y el italiano Scarfoglio, en su Zust. El punto de salida era la redacción de *Le Matin*, cuyas inmediaciones hallábanse llenas de una multitud enorme que despidió con entusiastas aclamaciones á los expedicionarios. Estos se embarcaron al día siguiente en el Havre, con rumbo á Nueva York, en donde estarán el campeón alemán y los tres norteamericanos que, según parece, tomarán también parte en la carrera.

La salida de Nueva York y, por consiguiente, el comienzo del *raid* se efectuará el día 15 de los corrientes.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

VINO AROUD
CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

Las Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN